Es propiedad de V. de Lalama.
BIBLIOTECA DRAMATICA.
Se venden Cuesta y Perez.

AMOR Y ABNEGACION
O LA PASTORA DEL MONT-CENIS.

Drama en cinco actos, arreglado del francés, por los Sres. L. *y* L., *para representarse en Madrid, el año de* 1857.

PERSONAGES.

La Duquesa de Mont-villars.
Lida, *su nieta.*
Hortensia, *viuda, de mediana edad.*
Azuzena, *pastora.*
Teresa, *posadera.*
Una Doncella.
Duclos, *capitan, de* 42 *años.*
Mauricio, *veterano, de* 60 *años.*
Fernando, *oficial, de* 30 *años.*
Un Guia, *que no habla.*
Martin, *posadero.*
Francisco.
Geronimo.
Tres Criados.
Aldeanos de ambos sexos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el interior de una posada; á los ·dos dos ventanas practicables, y en el fondo una gran ·uerta, por la que se divisa un gran pais montañoso y ·vado. Mesas, bancos, etc.

ESCENA PRIMERA.

·artin, Teresa, *aldeanos; al levantarse el telon se ·e el chasquido de un látigo; Martin y Teresa, se ·oman á la puerta; los aldeanos están bebiendo; los criados se asoman tambien.*

·ar. Es una silla de posta, que llega de Italia.
·er. (*contando.*) El coche es grande. Dos, tres, cinco viageros. Van sin duda á dejar el coche en la casa de postas para venir á almorzar.
·ar. (*marchando hácia el interior.*) Pedro, Santiago, á la cocina!
·er. Ya están aqui los dos que venian delante.
·ar. Una señora y un militar.
·er. Con dos criados que les siguen.

ESCENA II.

Dichos, Duclos, Hortensia; *dos criados cargados con sacos de noche y sombrereras; Duclós sale primero con una maleta en el brazo y una sombrerera en la mano. Está vestido de capitan de caballeria con peli sin charreteras.*

Duc. (*por la derecha.*) Gracias á Dios que hemos encontrado dónde descansar. Animo, señora Hortensia.
Hor. Jesus! En dónde estoy? (*entrando con los criados.*)
Mar. Señora... (*se quita la gorra; los aldeanos le imitan, y Teresa hace cortesias.*)
Hor. Basta ya de cumplimientos; tomad este sombrero y ponedle sobre la...
Mar. Señora... (*saludándola.*)
Hor. (*poniéndole el sombrero en la cabeza.*) Bien está; subidlo á una habitacion.
Duc. Y quién me desembaraza de estos embelecos?
Ter. Yo, caballero. (*le desembaraza de ellos.*)
Duc. Conducid á los criados.
Ter. Por aqui.... (*al entrar por la izquierda con los criados, se vuelve.*) Cuántas habitaciones hay que disponer?
Hor. Si es posible, *quisiésemos* cinco.
Duc. Oh! (*tosiendo.*)
Hor. Eh!
Ter. Cinco.... está bien, señora.... (*vase con los criados.*)
Duc. (*bajo.*) Habeis hecho mal en decir quisiésemos.
Hor. Y por qué?
Duc. Hubiera sido mejor...
Hor. Bien, bien, ya hablaremos. Vamos á ver, amigo. Qué podreis darnos de comer?
Mar. Muchas cosas; tenemos huevos fritos, huevos pasados por agua, tortilla, chuletas, un cuarto de cabrito, un tasajo de cabra...
Hor. Cuántos años tienen los huevos?
Mar. Cuantos años!

21
678596

HOR. Por lo que suceder pueda, ponerlos en tortilla.
MAR. Eso decíamos nosotros, una tortilla.
HOR. Una tortilla para cuatro personas, y aparte una con cebolla para mi.
MAR. Y despues?
HOR. Chuletas para cuatro, y aparte una para mi con cebollas tambien.
DUC. Y cuidad mucho á los criados... Tales son las órdenes de la señora duquesa.
MAR. Ah! (De la duquesa!) Aquella señora anciana que está allá abajo, con un caballero y una señorita?
DUC. La misma. Con que, de frente. (*Martin entra en la izquierda; los aldeanos se van por segundo término de la izquierda.*)

ESCENA III.

DUCLOS, HORTENSIA.

DUC. No me vendrá mal descansar un rato. (*vá á sentarse.*)
HOR. Señor Duclós? (*empujándole*)
DUC. Señora Baronesa?
HOR. Con que... no se dice?
DUC. El qué?
HOR. Aquello de *quisiésemos.*
DUC. Raras veces!
HOR. Y *quisiéramos?*
DUC. Nunca.
HOR. Vamos, estoy furiosa conmigo misma.
DUC. De veras?..
HOR. Decir que yo, madama Michonet, viuda de un rico abastecedor, y gozando en el dia de toda la confianza de la señora duquesa, no puede decir cuatro palabras sin estropearlas!
DUC. Es una verdad...
HOR. Sin embargo, cuando *entremos* en la casa...
DUC. Entramos.
HOR. Cómo?
DUC. Cuando *entramos.*
HOR. Entramos, entramos! Veis, siempre me embrollo. En fin, cuando entramos... (*hablando consigo misma.*) tramos... tramos... tramos... Cuando entramos, pues en la ilustre casa de los Mont-villars me dige á mi misma: «Hortensia, queridita mia, es preciso tomar los hábitos de la antigua nobleza, y hay cosas que me han salido *saperlesivamente.*
DUC. Superlativamente!
HOR. Eso es, superlativamente. (*conteniéndose.*) He tomado todo su aire de tono, su porte distinguido. Lo que es en punto al aire, nada hay que hablar; pero la lengua, la lengua... jamás he podido con ella.
DUC. Vamos, vamos, un poco de paciencia; eso vendrá con el trato, la costumbre...
HOR. Ya he perdido la esperanza; ya es Pedro viejo para cabrero, y á no ser por vos, que habeis sido ayudante de campo del general, y que lo sois mio en el dia...
DUC. (*bajo.*) Gracias.
HOR. A no ser por vos, que estais siempre á mi lado para atajarme, no sé á dónde iria á parar; por lo tanto, quisiera que en lo sucesivo estuvierais contínuamente á mi lado.
DUC. Callad.
HOR. (*con mucha ternura.*) A fin de que pudiese *contaros* antes de decir una majaderia.
DUC. Con-sul-ta-ros.
HOR. Otra vez! A fin de que pudiese consultaros. Si, quisiera encontrar un medio de que nunca os separaseis de mi. (*bajando los ojos.*) Lo que es medio... uno hay... uno... capitan...
DUC. Le conozco. (*le vuelve la espalda y se dirige al fondo mirando á la derecha.*) Aqui viene la señora duquesa con los señoritos Fernando y Lida.

ESCENA IV.

Dichos, LA DUQUESA, *dando el brazo á* FERNANDO, *y* LIDA *al otro lado.*

DUQ. (*sentándose en una silla que la han puesto á la derecha.*) Aqui tenemos al capitan, y á nuestra buena Hortensia, que sin duda se ocupaban de nosotros.
DUC. Señora duquesa...
DUQ. Apostaria á que todo está preparado para recibirnos.
HOR. Todavia no, señora duquesa, pero ya vá... (*mirando á Duclós.*) Se dice ya vá *estando*, ó ya vá *estado?*
DUC. (*incomodado.*) Ni lo uno, ni lo otro.
HOR. Pues entonces...
LIDA. Qué es eso?
FER. Qué hay?
DUQ. Empezamos ya? No he dicho que no quiero disputas?
DUC. Señora duquesa, es Hortensia que...
HOR. Es el capitan, que...
DUQ. Vamos... qué?.. (*sonriéndose.*) Esplicaos.
HOR. Pues bien, señora duquesa. Es que estoy avergonzada de no pronunciar una sola palabra, sin que diga un desatino.
DUC. Eso es.
DUQ. (*levantándose.*) Creedme, pobre Hortensia; hablad buenamente como podais. Si hay alguna diferencia en el modo de espresarnos, en cambio nuestros dos corazones se comprenden. Dejad hablar al vuestro, que siempre se espresa bien. (*la toma la mano.*)
DUC. (Que buena señora!)
HOR. Señora duquesa, señora, seria capaz de arrojarme por vos en las ascuas... es decir, en el fuego... A propósito; voy á la cocina; haré yo misma vuestro chocolate. (*entra en la cocina.*)

ESCENA V.

Dichos, menos HORTENSIA; *Lida y Fernando á los dos lados de la duquesa.*

DUQ. Hijos mios, ya estamos cerca de la frontera; antes de entrar en Francia, deseo vivamente hablar con vosotros. (*Duclós se dirige hácia el fondo.*) Quedaos, capitan; habeis sido el ayudante de campo de mi yerno, y sois nuestro mejor amigo; nunca he tenido secretos para vos.
DUC. Gracias, señora Duquesa; ya sabeis que mi pecho es un castillo almenado; ademas, mi afecto hácia vos, el cariño que os profeso... (*mirando á Lida.*)
LIDA. Y para mi, no hay nada?
DUC. (*con emocion.*) Para vos! Qué os podré decir, sino que sufriria gustoso la muerte, si esto pudiera seros de alguna utilidad?
FER. Espero, capitan, que al menos me dedicareis alguna pequeña parte de ese cariño.
DUC. Sois el hijo de mi general, y esto basta para...
LIDA. Y ademas, la razon de que vá á ser mi esposo, no es verdad?..
DUC. (*haciendo un grande esfuerzo.*) Tambien por eso, señorita... pero la señora duquesa queria...
DUQ. Queria deciros, hijos mios, el motivo que he tenido para llevaros á Italia, y emprender con vosotros un viage de ochocientas leguas nada menos. A mi

edad, ni las obras maestras del arte, ni las maravillas de la naturaleza suelen llamar la atencion; se prefiere la llama de nuestro hogar al cielo hermoso de Nápoles, y nuestras muelles alfombras á las entapizadas praderas del Posilipo ó de Sorento; y en cuanto á las antiguedades de Roma, se me figura, hijos mios, que no son tan viejas como yo...

Lida. Qué decis?

Duq. Y sin embargo, estoy segura de que viviré menos que ellas; pero un poderoso motivo me ha obligado, y este motivo no adivinais cuál sea?.. Vuestro casamiento.

Fer. Será posible?..

Lida. Cuánto os debo, mamá!

Duq. (*levantándose.*) Escúchame, Fernando; cuando estalló la revolucion, el duque de Mont-Villars, mi esposo, no quiso entrar en el número de los emigrados, pagando por lo tanto con la vida su valeroso sacrificio, en honor de la patria. A su muerte, juré guardar intactos el nombre y el honor de mis antepasados, vinculados solamente en mi. Sucedió el imperio á la revolucion; muchos de los nuestros, y no de los menos ilustres por cierto, se adhirieron á aquella forma de gobierno, pero yo permanecí inflexible. Mi hija, y tu madre, Fernando, se casó con un soldado de fortuna, con un noble de nuevo cuño.

Fer. Mi padre, señora Duquesa...

Duq. (*calmándose.*) Si, tu padre, hijo mio; el general de Hervilli, hombre valiente á toda prueba, (*sonriéndose.*) de no muy claro talento, pero al cual concluí por amar tanto como á mi hija.

Lida. Lo vés, abuelita? Siempre cedes y perdonas.

Duq. No siempre, Lida, no siempre: hay cosas en las cuales no acostumbro á ceder. Si esta desigual alianza se llevó á efecto, no fué porque el estremado amor de mi hija me obligára á ello; hace mucho tiempo que estoy sosteniendo una lucha de mas consideracion contra un hombre...

Duc. Contra un hombre que no cede á nadie, señora duquesa; con un hombre á quien los mas fuertes no pueden resistir, y si desgraciadamente se mira vencido hoy dia, no ha sido por los hombres, sino porque el cielo lo ha querido.

Duq. Los reyes doblaban su frente delante de él... Yo tambien la doblé á la fuerza, pero lo que no pude impedir entonces, lo repararé ahora. Mi hija contrajo esta desigual alianza, pero mi hijo, tu noble padre, Lida, era el último vástago de nuestra raza. Y ahora que ambos sois huérfanos, quiero reunir en un solo tronco las dos ramas de nuestra rancia familia. Sereis duque y duquesa de Mont-Villars. Tu llevarás este nombre, Fernando, y si os llevé conmigo lejos de París, lejos de Francia, fué porque temia se arraigasen en ti las nuevas ideas que te legó el conde de Hervilli. Oh! cuántas veces he oido con el mayor dolor lanzar sátiras amargas contra el antiguo régimen!

Fer. Yo me rio de esas ridiculeces. Lo que me indigna en cambio, es la cruel indiferencia con que se mira á esos pobres veteranos de la república y del Imperio; que se niegue un asilo y un pedazo de pan á esos valientes restos del gran ejército, que llegan todos los dias del fondo de la Rusia, mutilados, muertos de hambre y de fatiga, y que no hallen en el patrio suelo, ni una mano amiga que estreche la suya, ni un rincon en que morir en paz... (*incomodado.*) Oh! cuando recuerdo...

Duq. Fernando!

Fer. Señora, son mis hermanos de armas. Soy soldado de Napoleon. El me puso las charreteras sobre el campo de batalla. Amad á vuestros reyes, madre mia, pero dejadme llorar al emperador.

Duc. (*limpiándose una lágrima y estrechándole la mano.*) Bien, muy bien!

Lida. Vaya, vuelven á empezar las cuestiones políticas? Es posible que las haya hasta en el seno de nuestra familia? Qué os importa eso á ninguno de los dos? Vosotros no debeis disputar sino para saber quién me quiere mas de los dos.

ESCENA VI.

Dichos, Hortensia.

Hor. La mesa está esperando.

Duc. (*bajo.*) No se dice la mesa; el desayuno.

Duq. Dame el brazo, Hortensia. (*vase.*)

Lida. Primo mio?

Fer. Qué quieres?

Lida. Si vuelves á incomodar á la abuelita, no me caso contigo.

Fer. (*con calma.*) De veras?

Lida. Sé discreto y obediente, y aqui tienes la recompensa. (*le da la mano.*)

Fer. (*con calma.*) Yo trataré de merecerla.

Lida. Espero hacerte feliz con ella.

Fer. Yo tambien!

Duc. (Vaya una frialdad!) (*entra en la izquierda.*)

Lida. (*á Fernando.*) Vé á buscar á mamá, haz con ella las paces del todo; yo voy á hacer un ramo de esas flores silvestres que la agradan tanto. Adios, Fernando.

Fer Adios. (*entra en la izquierda.*)

Lida. (*siguiéndole con la vista.*) Cualquiera que sea su opinion, me es indiferente; yo querré siempre lo que quiera mi marido. (*sale por el foro izquierda.*)

ESCENA VII.

Martin *y* Teresa, *saliendo de la izquierda y varios aldeanos que llegan al mismo tiempo.*

Mar. Y la señorita!

Ter. No sé.

Mar. La habeis visto vosotros?

Un Ald. A quién?

Mar. A una jóven.

Ter. (*desde el fondo.*) Calla, mírala alli, cogiendo flores cerca del *Salto del lobo.*

Mar. Demonio! Que se vá á caer! Ayer justamente me faltó tierra, y á poco voy rodando hasta el infierno.

Ter Llamadla, llamadla. Eh! señorita, no sigais adelante.

Mar. Canario! Y se rie de nosotros! Cada vez se vá acercando á la orilla.

Ter. Cuidado! Cuidado con el precipicio! Id... No, no, estaos quietos.

Mar. (*dando un grito.*) Ah! (*movimiento general.*)

Duc. (*por la izquierda.*) Dónde está Lida?

Mar. (*sin escucharle.*) No hay miedo, ya la han socorrido.

Duc. Socorrido? Lida, Lida! (*se dirige al foro izquierda; al mismo tiempo Azucena y Lida aparecen en la puerta.*)

Lida. Héme aqui.

ESCENA VIII.

Dichos, Lida *y* Azucena, *sosteniéndola.*

Duc. Se ha salvado! No estais herida?

Lida. No, á Dios gracias; pero debo la vida á esta jóven.

Azu. A Dios, que me hizo llegar á tiempo para socorreros.

Lida. A no ser por ella, no me hubierais vuelto á ver; estaria en el fondo del torrente.

Duc. (*á Lida.*) Es posible! (*vá á dirigirse á ella, pero se detiene y se vuelve hácia Azucena.*) Con que vos habeis sido la que... Dejadme que os abrace. (*abrazándola y mirando á Lida.*)

Azu. Y á qué viene esto? (*tratando de desasirse.*)

Lida. (*sonriéndose.*) Pero á pesar de todo, no he abandonado mi ramillete. Duclós, dádselo á mi abuelita de mi parte, no quiero que me vea tan conmovida; decidla que no tengo gana de almorzar, que voy á tomar el aire... sobre todo, que ignore el peligro que he corrido.

Duc. (*tomando el ramillete.*) Voy, señorita. Cuando considero que por coger estas flores ha estado espuesta á morir... (*coje una flor y se la guarda debajo del uniforme.*)

Lida. Vamos, qué estais pensando?

Duc. Voy al momento. (*entra en la posada.*)

Lida. Amigos mios, no digais á nadie lo que ha sucedido.

Mar. Perded cuidado, señorita.

Lida. (*dándoles dinero.*) Tomad en pago de vuestra discrecion. (*á Azucena.*) Dios mio, lo he repartido todo; nada me ha quedado para ti.

Azu. Y de qué me serviria el dinero?

Lida. Qué dices?

Azu. No tengo padre ni madre, ni parientes á quien dárselo.

Lida. Pero y tú?

Azu. Para qué lo necesito allá arriba?

Lida. Allá arriba!

Azu. Si señora; Juanito me lleva un dia á la semana el pan y el queso conque me alimento durante la primavera; pero cuando viene el invierno, es preciso comer el pan duro y encerrarse con el ganado por espacio de tres meses.

Lida. Es eso verdad?

Ter. Si señora.

Mar. Aun hay pastos para que coma el ganado, pero cuando se obstruyen los caminos y empieza á caer la nieve, los pastores quedan encerrados durante el invierno; por eso llevan siempre provision para tres meses.

Azu. Esta mañana bajé desde el aprisco, porque ví amontonarse algunas nubes, y el viento rugia en la montaña; el eco suspiraba á lo lejos, y se oia un ruido semejante al de los Aludes, esto me ha advertido que el invierno se acerca mas pronto que de costumbre, y que era preciso llevar al momento pasto para mis obejas, pan para mi perro y para mi.

Mar. Id á prevenirlo todo y avisad á nuestro buen párroco; ya sabeis que todos los años tiene la costumbre de subir á la cabaña para rogar por la pobre niña que vá á pasar tres meses debajo de la nieve.

Lida. Debajo de la nieve!..

Azu. Si señora. La nieve empieza á caer poco á poco; vá llenando las quebradas y los precipicios; cubre los caminos y los senderos. Es una inmensa sábana blanca que oculta un abismo á cada paso; despues la nieve sigue cayendo hasta cerrar del todo la puerta de la choza. Luego vienen los Aludes, y se oyen caer grandes masas de nieve, las cuales producen un ruido semejante al de los truenos; se rompen en mil pedazos, y envuelven completamente nuestra pobre morada, haciéndola temblar bajo su peso. Entonces quedais como enterrada á mas de cien pies de profundidad, segun dicen, por espacio de tres meses, sin que nadie pueda encontraros; solo la vista de Dios puede penetrar alli.

Lida. Eso es horrible!.. Pero no puede ser; cómo se vive sin aire?

Azu. El aire pasa con el arroyo que baja de la montaña, y atraviesa el aprisco; de otra manera, mis ovejas y yo no existiriamos cuando llegára la primavera.

Mar. Vamos pronto, muchachos; espera un poco, Azuzena. (*Martin y los aldeanos se van por la derecha; Teresa dá de beber á Azuzena, y entra en la derecha.*)

Lida. Azuzena!

ESCENA IX.

Lida y Azuzena.

Lida. Te llamas Azuzena?

Azu. Ese es mi nombre.

Lida. Pues bien, Azuzena; me has salvado la vida, y no quiero que continúes viviendo con tanta miseria; voy á llevarte en mi compañia.

Azu. No es posible; estoy ajustada por todo el año con los ganaderos. He comido pan fresco en el estio; es preciso comer el del invierno.

Lida. Segun eso, vives abandonada, sola en el mundo?..

Azu. Si, señora: en la estacion de las flores, al menos se puede venir á verme; transitan por aqui muchos viageros, y además, el eco de la montaña me hace siempre compañia.

Lida. El eco?..

Azu. Pero en la época de las nieves, no puedo oirle; le llamo, y no me responde... me abandona! Ingrato!.. (*con alegria.*) Me quedó sola con *Ali.*

Lida. *Ali?*

Azu. Es mi perro; *Ali*, que me ama, que habla conmigo...

Lida. (*riendo.*) Que te ame, lo creo; pero que hable!..

Azu. Y por qué no?.. A fuerza de escucharme y de no ver mas que á él, he acabado por conocer si salta de alegria, si ladra encolerizado, ó si aúlla tristemente. Distingo con la mayor facilidad cuando me dice: «tengo hambre, ó cuando dice: te amo.» No teneis vosotras perros que comprenden lo que les decis?

Lida. Es verdad.

Azu. Pues bien. Para que á mi me comprenda, y yo no le entienda á él, seria preciso que tuviera mas talento que yo.

Lida. Dices bien, pero yo quiero que vengas conmigo.

Azu. No es posible. Toda mi esperanza la tengo en no separarme de mi aldea.

Lida. Vacilas?.. Yo te suplico...

Azu. No, no; estoy acostumbrada á vivir en la montaña.

Lida. Pues bien. Si algun dia necesitas de mi, (*escribiendo en un libro de memorias.*) aqui tienes mi nombre y las señas de mi casa. Escríbeme.

Azu. Yo?..

Lida. Es verdad, no sabrás..... Pues bien, haz que me escriban, ó mas bien, si te ocurriese alguna desgracia, no olvides, Azuzena, que soy tu amiga y tu hermana. (*rompe la hoja del libro y se la dá.*)

Azu. (*tomándola.*) (Me ha llamado su hermana!.. Es la primera vez que suena ese nombre en mis oidos!) En fin, pues lo quereis, guardaré este papel, pero no permita Dios que deje mi montaña.

ESCENA X.

Dichos, Martin, Teresa *y aldeanos, que traen las provisiones de invierno para Azuzena, metidas en grandes sacos.*

Mar. Vamos, hija mia. Hé aqui tus amigos que van á

acompañarte al aprisco. El señor cura te espera al pié de la montaña.

Lida. Tan pronto...

Azu. Adios, señorita.

Lida. Adios, mi salvadora: (*la abraza.*) tiemblo al pensar el tiempo que ha de permanecer bajo la nieve..... Si tuviera la desgracia de caer enferma!..

Ter. Dios la protegerá, señorita. (*parte de los aldeanos salen por el foro izquierda.*)

Azu. Y además, aunque yo muera, qué importa?.... Mi madre ha muerto.

Mar. Vamos, Azuzena. (*vá á salir.*)

Lida. (*abrazándola.*) Mira, toma esta sortija que he traido de Roma. El santo padre la ha bendecido; llévala en memoria mia. Adios, Azuzena.

Azu. Adios. Ignoro vuestro nombre.

Lida. Lida.

Azu. Adios, Lida.

Lida. Adios. (*Azuzena se aleja lentamente; Lida la llama, y se abrazan las dos; los aldeanos la aguardan en el foro.*)

Azu. (*separándose de Lida.*) Cuánto me alegro de haberos conocido! Ahora voy á sentir la soledad allá arriba como nunca la he sentido. Partamos. (*vanse todos. Martin y Teresa quedan solos con Lida, que envia besos á Azuzena; esta desaparece por la izquierda. Lida entra en la escena.*)

ESCENA XI.

Teresa, Martin, *y á poco* Mauricio.

Ter. Es particular: todos los inviernos estoy viendo subir á Azuzena á la montaña, y nunca me ha conmovido tanto como hoy.

Mar. Pues yo tengo unas ganas de llorar...

Ter. Temo no le suceda á la pobre alguna desgracia.

Mar. No tengas cuidado. Nuestro buen párroco nos ha dicho muchas veces, que allá arriba hay un padre para los desgraciados.

(Aparece Mauricio á la puerta; lleva el uniforme de granadero de la Guardia; su capota está destrozada, lo mismo que el calzado, y los pantalones sujetos con sogas. El sombrero de tres picos en muy mal estado: se acerca con mucho trabajo apoyado en un palo.)

Mau. Yo te saludo, querida patria! Esta es la aldea que me ha visto nacer, no me he engañado.

Mar. Quién llega?

Ter. Un pobre soldado! Qué destrozado viene!

Mau. (*vacilante.*) Amigos mios...

Mar. Sostenedle... (*corre á sostenerle, y le hacen sentar en una silla á la izquierda.*)

Ter. La fatiga sin duda...

Mau. Si, la fatiga y el hambre...

Ter *y* **Mar**. El hambre!.... (*Mauricio baja la cabeza.*)

Ter. Esperad un momento. (*entra en la izquierda.*)

Mar. No os aflijais... estais entre amigos... Vamos, Teresa, despacha. (*sale Teresa con pan y vino, y dos criados con platos con comida.*)

Ter. Tomad, buen hombre; os lo ofrecemos de todo corazon.

Mau. (*despues de haber bebido.*) Aqui puedo aceptarlo sin verguenza.

Mar. Cómo?

Mau. Soy paisano vuestro.

Ter. De veras?..

Mau. Si, esta es la posada de Tomás.

Mar. Y al presente, vuestra y mia.

Mau. (*con emocion.*) Allá abajo, la casa de Antonio, y poco mas allá la de una pobre muger, cuyo marido se ausentó hace diez y seis años; (*buscando con la vista.*) pero ahora no veo mas que una humilde choza.

Mar. Es la casa de Catalina Mauricio de la que hablais?

Mau. (*temblando.*) Si.

Ter. Hace mas de diez años que se arruinó, y desde entonces está abandonada.

Mau. Abandonada! Y por qué?

Ter. Toma, porque murió la pobre Catalina.

Mau. Muerta!.... Y yo que he andado dos mil leguas por verla!..

Mar. Vos?..

Mau. Me he valido de todos los recursos, de todos los medios imaginables, para huir desde el fondo de la Siberia...

Mar. *y* **Ter**. La Siberia!..

Mau. Para atravesar las líneas enemigas, lleno de heridas y de padecimientos, he cruzado la Rusia y la Alemania: veinte veces he debido morir en el camino. Atormentado por el hambre y la fatiga, aun encontraba fuerzas y me decia á mi mismo: «Vamos, valor, sigue marchando hasta llegar á su lado; habrá perdido la esperanza de volverte á ver, te llorará por muerto, y tú enjugarás sus lágrimas:» y cuando el hambre aumentaba mi desesperacion, á pesar mio, ocultaba mi cruz con una mano, y con la otra pedia una limosna por amor de Dios.

Mar. (*á Teresa.*) Es Mauricio!

Mau. (*levantándose.*) Y cuando llego al fin, cuando creia verla... la encuentro muerta!.. Esto es horrible... esto es. . Perdonadme, Dios mio; vos os la habeis llevado; sin duda no habeis querido hacerla partícipe de mi desgracia! (*se sienta en el banco y llora.*)

Ter. Mauricio... Amigo mio, no lloreis.

Mar. A lo menos, os queda una hija para consolaros de la pérdida de Catalina.

Mau. Una hija?.. Habeis dicho una hija?..

Ter. Si; no lo habeis sabido, porque no os ha escrito nunca; os juzgaba muerto... Poco despues de vuestra partida, Catalina...

Mar. Dió á luz una niña.

Mau. Una niña!.. No me engañais?..

Mar. No por cierto. Eso debe alegraros.

Mau. (*levantándose.*) Respondedme. Dónde está?.. Dejadme que la vea, que la abrace..... Ah! Por algo el cielo me ha conservado la vida: hija de mi alma!

Mar. Y es muy hermosa, por cierto... Hace pocos momentos estaba aqui, pero ahora... (*se oyen á lo lejos los instrumentos pastoriles de los aldeanos, que acompañan á Azuzena.*)

Mau. Qué?..

Mar. Escuchad...

Mau. Qué es eso?

Ter. Los aldeanos, que acompañan á Azuzena, llevando sus provisiones para el invierno.

Mau. Azuzena!..

Ter. *y* **Mar**. Vuestra hija...

Mau. Se llama Azuzena?.. Y á dónde la acompañan?

Mar. Habeis olvidado los usos del pais?.. Está guardando un rebaño, y hoy es el dia en que deberá encerrarse en su choza por espacio de tres meses; allá, en la cresta de la montaña.

Mau. Es que yo no quiero... Mi hija... quiero verla..... traerla conmigo... pero están ya tan lejos!.. Quién podrá conducirme?

ESCENA XII.

Dichos, Fernando *y un guia, saliendo de la derecha.*

Fer. Vamos, muchacho, enséñame el camino; quiero

asistir á la bendicion de la cabaña que se vá á cerrar por tres meses, segun dicen.

MAU. Caballero, ese guia vá á conduciros al aprisco; no es verdad?.. Os ruego que me permitais acompañaros.

FER. Acompañarme?..

MAU. Por Dios, no me rehuseis esa gracia.

FER. No por cierto; venid, camarada.

MAU. Gracias; partamos.

MAR. Pero estais tan fatigado...

MAU. (*sin que Fernando lo oiga.*) He andado dos mil leguas para llegar hasta aqui, y no andaré dos mas por abrazar á mi hija!.. (*alto.*) Vamos.

FER. Vamos. (*cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el interior de una cabaña de pastores; la puerta de entrada está en el fondo, desde la cual se divisan montañas nevadas como en el primer acto. Se verán esparcidos por ella, una mesa y asientos rústicos, un belon ordinario, una rueca para hilar, un armario con platos y demas enseres necesarios. Al levantarse el telon, se oyen los instrumentos rústicos del primer acto, que pueden ser una gaita ó dulzaina, y aparecer en la puerta los aldeanos con Azuzena, que conducen los sacos con las provisiones, y los fardos de forrage que depositan en los rincones de la cabaña. Es cerca del anochecer.

ESCENA PRIMERA.

AZUZENA *y los* ALDEANOS.

AZU. Gracias, amigos mios, ya hemos llegado; nuestro buen párroco no se ha atrevido á subir, á causa de lo malo del camino y de su avanzada edad. Gracias á vosotros, ya tengo mis provisiones para el invierno; y ahora no os detengais; mirad, mirad allá arriba, sobre vuestras cabezas..... Marchad, no despreciéis el aviso.

ALD. Aun hay tiempo.

AZU. No, amigos mios; ved las golondrinas que ya me abandonan hasta la primavera; imitadlas, y sobre todo, no bajeis por esa senda. (*señalando desde la puerta al interior del teatro.*) Lo ois? De ese lado se precipitan siempre los aludes; marchad por aquel otro, y llevareis mejor camino.

TODOS. Adios, Azuzena.

AZU. Adios, amigos mios. (*los aldeanos se van por el foro derecha, y Azuzena toma una piocha y pone un paño á la punta, y lo ondea, como para despedirlos. Se oyen voces lejanas de despedida.*)

ESCENA II.

AZUZENA *sola, entrando en la cabaña y sentándose.*

Ya no los veo. Héme aqui sola por fin!.... Sola como siempre, y pronto tal vez los aludes!.. (*el viento empieza á soplar con violencia.*) En tanto que están aqui, me esfuerzo para mostrarme serena; pero cuando se alejan, cuando sus voces se pierden por la distancia, doblo la cabeza, y las lágrimas me ahogan. Y hoy no sé por qué..... (*mirando la sortija.*) Tal vez porque esta sortija me recuerda á esa hermosa jóven que me ha llamado su hermana, que queria llevarme consigo. He rehusado... debia hacerlo, pero ahora... No quiero pensar en esto; el viento ha calmado, y el cielo me dá tiempo para ver la luz del dia. Voy á despedirme de todo lo que me rodea... Del cielo, de las montañas, del sol, que en tres meses eternos no volverá á alumbrarme, y despues de ese compañero fiel, de esa voz de la montaña que llaman *eco*. Otro amigo que vá á abandonarme como los demás, en cuanto mi cabaña quede sepultada por la nieve. Dime, *eco* querido, permaneceremos juntos mucho tiempo?

ESCENA III.

AZUZENA *en la puerta de la cabaña, y* FERNANDO *gritando á lo lejos.*

FER. (*dentro.*) Por aqui... por aqui...

AZU. Qué escucho! Esa voz!.. Será la de algun pasagero que se ha perdido en la montaña? Dios mio! El viento arrecia de nuevo; tiemblo por ese infeliz.

FER. Socorro, socorro.

AZU. Desgraciado! (*entra en el fondo, toma su piocha, y se dirige á la izquierda dentro, como quien llama al perro, y se vá á la puerta, hablando con él; al perro no se le vé.*) A mi, *Alí*; oye, *Alí*; allá abajo hay un viagero entre la nieve, es preciso salvarle. Búscale, *Alí*, búscale. (*vase Azuzena; el teatro queda solo un momento; á poco se vé á esta conduciendo á Fernando; se verá por el foro nevar con gran fuerza.*)

ESCENA IV.

AZUZENA *y* FERNANDO.

AZU. (*dentro.*) Venid, venid; pisad con cuidado. Ahora ya estoy tranquila. (*entran.*) Crei que ese puente iba á quebrarse bajo nuestros pies. Mirad, esta es mi cabaña. (*entrando y dejando la piocha; hace sentar á Fernando en un banco.*)

FER. Pardiez, que mi curiosidad ha estado á punto de costarme bien cara!

AZU. Vuestra curiosidad?

FER. Si; á pesar de los bramidos del viento, no sé qué deseo irresistible me arrastraba á subir. Queria contemplar mas de cerca este espectáculo imponente. En vano el guia me suplicó que nos volviésemos; no quise escucharle, y trepé hasta la cima, cuando una voz estraña me hizo parar de repente. Una voz tan dulce!.. Supongo fuese la vuestra, que hablaba con...

AZU. El eco.

FER. Eso seria: y no me pesa, por cierto, de haberla escuchado, pues os encontré alli para socorrerme y enseñarme el camino, y ahora os deberé el encontrar de nuevo á mis compañeros.

AZU. Vuestros compañeros!.. El guia y...

FER. Un viejo soldado, que habia solicitado acompañarme.

AZU. (*yendo hácia la puerta.*) Un soldado? Y se ha perdido tambien en estas montañas!.... En dónde estará?..

FER. (*levantándose.*) Tal vez habrá vuelto á la aldea; no tenia para qué imitar mi temeridad. Han hecho bien en abandonarme.

AZU. Ahora recuerdo... Cuando llegué al sitio en donde os encontrabais, y os di la mano para conduciros, crei escuchar voces pidiendo auxilio por otro lado; pero en aquel instante, solo me ocupaba de vos; sin embargo, sentiria que ese hombre hubiera caido en algun precipicio.

FER. Dios velará por él. Aunque le veia por primera vez, me ha interesado su aire marcial y su roto uniforme; le miraba ya como un amigo, como un camarada, y tendria un pesar en no hallarle á mi regreso. (*asomándose á la puerta y mirando al fondo.*) No es aquel el camino que conduce á la aldea?

AZU. El mismo. Pero no tardeis un instante.

Fer. Y he de dejaros...
Azu. Al punto.
Fer. Y sin haberos manifestado mi reconocimiento?... Sin deciros...
Azu. El viento ha cesado. Aprovechad esta circunstancia, y partid; en un cuarto de hora podeis bajar y poneros á cubierto de todo peligro; pero no hay que perder un instante.
Fer. Bien.
Azu. Os vá la vida en ello, partid.
Fer. Adios. (*al tiempo de salir, se oye zumbar el viento con mas fuerza que al principio. Se oye un ruido terrible, el ruido del alud.*)
Azu. Entrad, entrad pronto. (*cogiéndole de la mano, obligándole á entrar por fuerza, y cerrando la puerta.*)
Fer. Ese ruido...
Azu. (*aterrorizada.*) Es un alud.
Fer. Un alud!
Azu. Que se ha desprendido sobre nuestras cabezas. (*se postra de rodillas en oracion.*)
Fer. Gran Dios!
Azu. Ya está echada la suerte, Dios mio! Esta vez somos dos, y uno y otro tendremos un compañero. (*prosigue el ruido, á manera de un trueno, y los dos continúan en silencio; á poco calma el viento, y dice Azuzena.*) Nos hemos salvado, gracias al cielo?
Fer. (*quitándose el sombrero.*) Ahora ya podré partir?..
Azu. Partir?.. Mirad. (*abre la puerta que está toda obstruida por una muralla de nieve.*)
Fer. Dios mio! Esto es una prision! Un sepulcro..... Y estaremos aqui muchas horas?
Azu. Horas!.. Algo mas.
Fer. Dias, acaso?
Azu. No, meses.
Fer. Meses! Pero cuál será la inquietud de mi familia, que me aguarda? Cuál será su dolor al ver que no vuelvo? Yo no puedo estar aqui, es imposible.
Azu. Y qué remedio!.. Solo Dios puede abriros ahora un camino. Es preciso esperar.
Fer. Esperar! Y aun cuando asi sea, qué he de hacer?.. Voy á morirme de tristeza.
Azu. No hace cinco años que vivo yo? (*Azuzena enciende una luz, y la coloca en una mesa, y se pone á hilar en la rueca.*)
Fer. Cinco años! Y durante esta eterna cautividad, en qué os ocupais?
Azu. Trabajo, rezo y canto.
Fer. Por espacio de tres meses...
Azu. Y algunas veces cuatro.
Fer. (*asombrado.*) Cuatro meses, solo!
Azu. Solo? Pues y yo?
Fer. Tú? Es verdad, estoy en tu compañía, en compañía de una muger jóven y hermosa.
Azu. Hermosa?
Fer. (*sentándose.*) Si por cierto. Nadie te lo ha dicho hasta ahora?
Azu. Nadie.
Fer. Y estás contenta de verte á mi lado?
Azu. Mucho, si vos lo estais.
Fer. Cómo? (*sentándose cerca de ella.*) Nuestra cautividad... La idea de estar reunidos, no te dá miedo?
Azu. Miedo!.. Y por qué?..
Fer. Pero...
Azu. Vamos á ver, por qué?.. (*acercándose á él.*)
Fer. Por qué? (*alejándose.*) Tienes razon, no sé lo que me digo. La fatiga... la necesidad... me turban la cabeza.
Azu. Dios mio!.. Y yo que no habia pensado... (*levantándose.*) Aguardad... Vuelvo al instante.
Fer. A dónde vás?
Azu. A preparar la cena.
Fer. La cena?
Azu. Ya es hora; qué os estraña? Aqui siempre es de noche, pero no importa, la costumbre me hace calcular con exactitud la hora, y si pudiéramos escuchar desde aqui el reloj de la aldea... Mirad, en este momento deben ser las ocho.
Fer. En efecto..... (*sacando una repeticion que dá las ocho.*)
Azu. Qué bonita es!.. Hé aqui un nuevo compañero con el cual no contaba. Vuelvo al instante. (*se entra por la derecha.*)

ESCENA V.

Fernando.

Las ocho! Y yo que habia mandado preparar los caballos para el medio dia; que debia casarme dentro de poco tiempo, voy á permanecer encerrado por espacio de tres meses... cuatro tal vez..... con esta jóven tan sencilla... tan hermosa..... (*fijando los ojos en Azuzena que saca frutas y leche, que coloca sobre la mesa.*)

ESCENA VI.

Fernando y Azuzena.

Fer. Qué es eso?
Azu. Leche caliente, pan, queso y frutas.
Fer. Vamos pues. (*se pone á cenar.*)
Azu. (*sentándose.*) En las ciudades estareis acostumbrados á otra clase de viandas.
Fer. Si.
Azu. Lo siento, porque ahora las echareis de menos.
Fer. (*poniendo leche en las tazas.*) Lo que echo de menos es...
Azu. Qué?
Fer. A mi familia.
Azu. Teneis familia?
Fer. Y tú, pobre niña?..
Azu. Yo... tengo una cruz de madera en el cementerio de la aldea. Debajo de ella, duerme mi pobre madre, segun me han dicho.
Fer. Ni un pariente siquiera?
Azu. Ni uno. Dicen que mi padre ha muerto tambien; al menos lo cree asi todo el pais, y sin embargo, algunas veces abrigo la esperanza de encontrarle... «tal vez, me digo á mi misma, llegará un dia en que el cielo me lo devuelva:» esta es la razon por la cual no quiero dejar la aldea, y esta mañana mismo rehusé...
Fer. Has rehusado!..
Azu. Si, porque espero...
Fer. A tu padre?..
Azu. Casi todos los dias le veo en sueños, y le abrazo. Creo en él sin conocerle, como creo en Dios. Invoco á ambos todos los dias, y mi corazon no encuentra diferencia entre estos dos nombres, Dios y mi padre. Llorais?
Fer. Lo mismo que tú.
Azu. Yo tengo motivo... Ya lo veis, pero vos que teneis familia, segun me habeis dicho...
Fer. Si, una familia que me ama.
Azu. Qué dicha será verse amado!..
Fer. (Pobre niña!)
Azu. Habladme de los que os aman.
Fer. En primer lugar, mi abuelita, que me quiere con

delirio, y que á pesar de su severidad, estará llorando ahora porque no estoy á su lado. Despues...

AZU. Quién?..

FER. Despues... mi... mi... (*con embarazo, mirando á Azuzena.*)

AZU. Acabad... Debe ser una palabra muy difícil de decir: y despues?.. Vuestra...

FER. Mi hermana...

AZU. Ah! teneis... (*mirando la sortija*) Yo tambien, si quisiera, habria tenido una. (*se queda pensativa.*)

FER. En què estás pensando?

AZU. En la familia de la cual estais separado, y en la que yo he perdido; en las personas á quienes echais de menos y en las que yo lloro. Nos consolaremos al menos con hablar de ellas, no es cierto? (*le alarga la mano.*)

FER. Si. (*tomándola.*) Si. (*separándose de ella bruscamente.*)

AZU. Retirais la mano!.. Teneis miedo?

FER. Miedo?.. Y de qué?

AZU. Vaya, es tarde y necesitamos descansar. (*levantándose; éntrase por la izquierda, y sale al momento con un haz de paja que coloca á un lado.*)

FER. Descansar!

AZU. Nada mas natural. Mirad, he aqui mi lecho. Voy á preparar el vuestro aqui. (*mirando al rededor, y señalando á la derecha, donde coloca el haz de paja, delante de la puerta.*)

FER. Cómo!. El mio!.. Aqui!..

AZU. Quereis que le coloque en otro lado?

FER. No.

AZU. Con esto, y con dos pieles de oveja para abrigaros, dormireis perfectamente; (*entrando y volviendo á salir con unas pieles.*) por mi parte, os aseguro que no despertaré en toda la noche. (*Fernando y Azuzena colocan la mesa á un lado.*)

FER. Y yo tambien. (*Fernando se dirige maquinalmente hácia el lecho que le ha preparado Azuzena.*)

AZU. A dónde vais?

FER. Yo...

AZU. No rezais la oracion de la noche?

FER. La oracion?.. Es verdad... teneis razon... me habia olvidado.

AZU. Ahora me decis, *teneis*?.. Y por qué? Nadie me lo ha dicho hasta ahora. (*Azuzena se arrodilla; Fernando toma una silla y sube al fondo.*) Dios mio... en tus manos encomiendo mi alma y mi espíritu. Madre mia, que estás en el cielo, ruega por tu pobre hija, para que el Señor le devuelva á su padre. (*Azuzena se levanta, y se dirige rezando hácia su lecho; se acuesta, y queda dormida pronunciando estas palabras.*) Madre mia... madre mia...

FER. Se ha dormido! (*levantándose.*) Heme aqui separado de todo el mundo! (*la contempla desde lejos.*) Solo con ella!.. Tan jóven, tan candorosa! Esas lágrimas que derrama en sueños, hacen asomar las mias.

AZU. Padre mio! padre mio! (*soñando.*)

FER. Su padre! (*en voz baja.*) Duerme en paz, niña hermosa; duerme, y que el cielo te proteja. (*vuelve á sentarse.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala pequeña en el palacio de la duquesa.

ESCENA PRIMERA.

DUCLOS, y HORTENSIA.

HOR. Pero cuántas cosas... cuántos sucesos se han ido *sucediendo*, desde que *lleguemos* aquí hace cuatro meses! Primeramente el *desapercivimiento* del señorito Fernando! Despues cuando creíamos que todo seria fiestas y contento, porque habia parecido bueno y sano... está mas triste que un buho... ni habla, ni come ni bebe; por fuerza le ha sucedido alguna cosa... aqui hay gato encerrado.

DUC. Hasta ahora nadie ha podido averiguar... luego, como á su vuelta encontró á la señorita Lida á las puertas del sepulcro...

HOR. Segunda desgracia! Pobrecita!.. Ya habiamos creido perderla.

DUC. Si tal hubiera sucedido, hubiese yo dejado de existir!

HOR. Gracias, Duclós, gracias por el interes que me manifestais; sabeis la pena que esto me causaria, y por eso... No es verdad?..

DUC. Si... eso es.

HOR. El médico dice que es una *pertrofice* del corazon, ó una fluxion de pecho que tiene en el vientre.

DUC. El médico es un asno.

HOR. Qué decis?

DUC. La verdad; y estoy dispuesto á darle el título.

HOR. Pues á fé que bien ha curado á ese viejo militar que trágimos del Mont-Cenis, en tan mal estado.

DUC. Si ha recobrado la salud, ha sido por el esmero con que ha hecho cuidarle la señora duquesa: pero en cuanto al médico...

HOR. Silencio, aqui viene.

ESCENA II.

Dichos, la DUQUESA, *por la derecha, á poco* MAURICIO.

DUQ. Habeis visto á Fernando?

DUC. Si, señora duquesa.

DUQ. Siempre triste, sin querer hablar!.. Ocultando sus lágrimas!..

DUC. A fé, señora, que no le falta motivo... (*señalando á la puerta izquierda.*)

DUQ. Es verdad. Yo tambien vengo temblando á saber el estado de mi pobre Lida... (*hace una seña á Hortensia, la cual abre la puerta de la habitacion de Lida.*) Y bien?..

HOR. Duerme...

DUQ. Tanto mejor.

MAU. (*por el foro.*) Perdonad, señora duquesa.

DUQ. Sois vos, Mauricio?

MAU. Si señora, yo, que antes de partir vengo á daros las gracias, por todas vuestras bondades; por la acogida que habeis dispensado á este pobre soldado, viejo y desconocido.

DUC. Os vais?.. Es que la señora duquesa no lo consentirá.

DUQ. Ciertamente que no; y á dónde quereis ir?

MAU. Hoy ya puedo decíroslo: voy en busca de mi hija.

HOR. *y* DUQ. De vuestra hija?

DUQ. En efecto, ahora recuerdo... cuando se os trasladó de mi órden á este castillo... en medio de vuestro delirio hablablais con frecuencia de una hija.

MAU. La mia, señora; la mia, á la cual no me ha concedido el cielo la dicha de abrazar. No me he atrevido á hablaros de ella hasta hoy, porque vos padeceis tambien, y teneis graves disgustos. Todas las diligencias practicadas han sido inútiles; la cabaña que ocupaba mi familia en otro tiempo no existe, y el párroco de Saint-Didier que habia ofrecido darme algunas noticias, nada me ha contestado. Hoy me encuentro restablecido completamente, y voy...

Duq. Esperad algunos dias, Mauricio; tal vez nuestras investigaciones serán mas eficaces que las vuestras. Haremos que salgan en su busca por todas partes; y tal vez logremos devolveros la hija que llorais.

Mau. Devolvérmela! Ah! señora! mi vida entera no bastaria...

Duc. Asi pues, queda convenido que no partireis...

Duq. Solo os pido algunos dias; si al cabo de ellos no logramos adquirir alguna noticia, si el párroco no os escribe... partireis.

Mau. Sea como decis.

Duq. Hoy mismo empezaremos nuestras indagaciones, tan luego como háyamos participado á mi pobre Lida el regreso de su primo... que le estamos ocultando hace un mes; porque el doctor nos dice que cualquiera violenta emocion puede serla funesta.

Doc. Maldito doctor! Si me hubieseis creido, señora duquesa...

Duq. Qué?

Duc. Ya hace mucho tiempo que habriais enviado á paseo al doctor y á sus recetas, para tomar únicamente las mias, que veo mas claro que él en este negocio. Haced que venga el capitan, presentádsele á vuestra sobrina, y yo os respondo de su curacion.

ESCENA III.

Dichos, Fernando.

Duq. Fernando!

Fer. Han traido una carta... (*enseñándola.*)

Mau. Una carta?.. Si será...

Fer. Es de Paris, madre mia, y viene dirigida á vos.

Duq. (*tomándola.*) Para mi? Dios mio! Un gran favor que anhelaba hace mucho tiempo por el honor de la familia!.. Pero ahora es inútil; inútil, capitan, (*á Duclos.*) si no tratamos de hacer con mi pobre Lida, la prueba que ha poco me aconsejabais.

Duc. Ya sabeis, señora duquesa, que estoy tan interesado como vos en la salud de vuestra hija.

Hor. (*mirando á dentro.*) Ah!

Duc. Qué pasa?

Hor. Se me figura haber escuchado... Y bien, qué decidis? (*á la duquesa.*)

Duq. Obrad como gusteis; consiento en lo que pedis. Fernando, déjanos solos en cuanto venga Lida. Tranquilizaos, Mauricio, y confiad; os volveremos vuestra hija.

Mau. El cielo os conserve á la vuestra, señora duquesa. (*Mauricio se retira por el foro, y la duquesa por la puerta que conduce á la habitacion de Lida.*)

ESCENA IV.

Duclos *y* Fernando.

Fer. (No hay que perder un momento, Azuzena me aguarda.) Duclós; vos sois el amigo íntimo de nuestra familia. Así pues, aconsejadme, ayudadme á conjurar la desgracia que me amenaza, ó mejor dicho, que nos vá á alcanzar á todos.

Duc. No os comprendo!.. De qué desgracia hablais? Es tal vez de la enfermedad de vuestra prima?.. Tranquilizaos, yo la comprendo mejor que el médico; respondo de su curacion, y vuestro casamiento tendrá efecto muy pronto.

Fer. Y si ese enlace no pudiera verificarse?

Duc. Qué decis?.. No poder realizarse? Con que Lida no será vuestra esposa?

Fer. Silencio! (*con inquietud.*)

Duc. (Miserable de mi, qué estoy diciendo! Pensar en un loco amor, cuando peligra su existencia!)

Fer. Escuchadme. Ya os dige y he dicho á todo el mundo, que hace tres meses, al separarme en el Mont-Cenis de ese soldado que ha recogido la duquesa, debo mi salvacion á...

Duc. A un pastor, en cuya compañia permanecisteis hasta que la primavera puso espeditos los caminos.

Fer. Si, un pastor, eso es; pero lo que no os he dicho es, que durante esos tres meses de aislamiento, lejos de esta casa y de Lida, he reflexionado con madurez.

Duc. Hablemos francamente; habeis creido que vuestra prima tan alegre, tan viva, tan superficial al parecer, jamás os ha querido con ese cariño profundo que buscais en la que debe ser esposa vuestra?

Fer. Efectivamente; creo...

Duc. Os engañais. La salud de la señorita Lida jamás ha inspirado la menor inquietud, hasta el dia que volvisteis de Italia.

Fer. No lo ignoro.

Duc. Y el dia que llegamos aqui, cuando el guia nos aseguró que antes de veinte y cuatro horas estariais de vuelta, su alegria rayó en frenesí al ver los preparativos para la ceremonia, y los regalos de la señora duquesa, que todavia estan ahi por cierto; (*señalando al fondo del teatro; Fernando los mira conmovido.*) pero despues de aguardar dos dias en vano, se obró en ella un cambio repentino. Siempre que alguna falsa noticia nos hacia esperar vuestro regreso, se reanimaban sus fuerzas; al oir pronunciar vuestro nombre, sus ojos querian leer en los nuestros; sus manos se cruzaban temblando, y sus labios murmuraban una plegaria. Al dia siguiente la esperanza se desvanecia; y la pobre niña volvia á caer en su estado de abatimiento... De ese dolor sordo, de esa fiebre devoradora que ningun médico ha podido curar, porque no hay médicos que curen las heridas del alma, nace el que solo vos podeis reanimar á esa pobre flor que se marchita. Si se muere, Fernando, es porque os juzga perdido para siempre.

Fer. Es posible...

Duc. Vos no comprendeis todo lo que tiene de terrible un amor sin esperanza.

Fer. Pero eso no puede ser. Jamás Lida...

Duc. Se acerca, retiraos un poco; juzgad por vos mismo...

Fer. (Lida! Azuzena!..)

Duc. Yo os avisaré cuando debeis salir. (*empujándole hácia la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

Duclos, *la* Duquesa, Hortensia, *las cuales sostienen á* Lida, *que sale pálida y con la cabeza inclinada.*

Duq. Aqui; en este sillon.

Lida. (*sentándose.*) Pobre abuela... cuantas molestias os causo!..

Duq. A mi?..

Lida. Y á mi buena Hortensia tambien; tantas noches pasadas á la cabecera de mi lecho! Tantas lágrimas derramadas... por vos, madre mia, y tambien por vos, Duclós.

Duc. (*llorando.*) Por mi! Os equivocais; un soldado no llora... sin duda la calentura, el delirio os lo han hecho creer...

Lida. Si, llorabais como llorais ahora; no contengais las lágrimas, dejadlas correr... consuelan tanto!..

Duc. (*dominando su emocion.*) Pues bien, señorita, supuesto que creeis que vuestros parientes y amigos se han hecho acrehedores á vuestro reconocimiento...

Lida. Oh! si.

Duc. Ahora teneis un medio de pagarles.
Lida. Un medio?.. Decídmele; seria muy dichosa si pudiera manifestaros mi gratitud.
Duc. Pues señor... Es necesario que tengais valor para dominaros, para evitar una crísis violenta...
Lida. (*levantándose vivamente.*) Qué quereis decir?
Duq. (Callad, Duclós, callad.)
Duc. (Perdonadme, señora; me habeis ofrecido tener confianza en mi!)
Lida. Hablad.
Duc. Ya sabeis, señorita, que rara vez he tenido la suerte de daros buenas nuevas acerca de...
Lida. De él?.. (*con viveza.*) Vais á hablarme de él, no es cierto?.. Decidme si vive...
Duc. A punto fijo... pero pudiera ser...
Lida. Decídmelo por Dios.
Duc. Pero calmaos... (*tomándola la mano.*)
Duq. Lida...
Lida. Hablad, hablad.
Duc. Ya se vé que hablaré; pero será cuando no esteis tan agitada; cuando no tiemble vuestra mano... Cuando tengais mas valor.
Lida. Veis? Ya no tiembla mi mano; hablad, puedo escucharos con tranquilidad.
Duc. Pues bien. Ahora no nos han engañado; esta vez no hay equivocacion, porque han visto al señorito Fernando.
Lida. Y quién le ha visto?
Duc. Yo.
Lida. Vos! Por Dios no me engañeis! Le habeis visto? Pero dónde? Cuándo?..
Duc. Hace...
Lida. Ni una palabra mas... Esos rodeos, esa emocion... Ya lo comprendo todo; no me habeis abandonado un solo dia? No; luego si le habeis visto es aqui; si vive, es aqui; me está oyendo, viéndome tal vez.... Fernando, dónde estás?
Fer. (*saliendo.*) Lida!
Lida. (*arrojándose en sus brazos.*) Es él, es él! Madre mia!.. Amigos! que dichosa soy! Cuánto os debo, Dios mio, por habérmele devuelto!
Duc. Por Dios, hija mia, no llores de ese modo.
Lida. Dejadla llorar, señora; ese llanto la consuela... (Como á mi!) (*llorando.*)
Hor. Gracias, señor Duclós. (*Duclós la vuelve la espalda.*)
Lida. Fernando, qué dichosa me haces! (*á todos.*) No podeis figuraros el alivio que siente mi corazon!.. Soy tan feliz!
Duc. (Direis todavia que no os ama?) (*á Fernando.*)
Fer. Tienes razon, amigo mio; seria matarla! (Pero mi pobre Azuzena morirá tambien!)
Lida. (*mirando los regalos de boda que están sobre una mesa.*) Madre mia... segun veo, todo estaba dispuesto para mi boda?
Duq. Pero hace una hora, estaba tan lejos de pensar en ella, que apenas he leido esta carta de S. M.
Lida. Del rey!
Duq. (*sacando la carta.*) Héla aqui. (*lee.*) «Señora duquesa, no hemos olvidado ni los servicios, ni la fidelidad de vuestro hijo, muerto por nuestra causa, y tendremos una satisfaccion en firmar el contrato de boda de la señorita de Mont-Villars. Al mismo tiempo, nos encargamos de la suerte del que haya elegido para esposo. Deseamos que ella misma nos responda!
Lida. Yo misma!
Duq. «Designadnos su nombre, y estampadle en el adjunto despacho de coronel» Aqui está. (*lee.*) Todo cuanto haga queda sancionado por nos, porque tal es nuestra voluntad. El cielo os guarde, señora duquesa. Yo el Rey.»
Lida. Con que voy á darte nada menos que un regimiento?
Duq. Pero para acelerar vuestro casamiento, es preciso que Fernando parta hoy mismo.
Lida. Separarnos otra vez!
Duq. Los títulos y demás papeles de la familia, están en poder de vuestro tio el marqués, gefe de nuestra casa; es un depósito sagrado que no debe confiarse á otras manos que á las de Fernando. Solo veinte y cinco leguas nos separan del marqués, y Fernando estará de vuelta muy pronto.
Lida. (*sonriendo resignada.*) Que parta pues; pero que no vaya solo. Duclós, amigo mio, vos le acompañareis, no es cierto? Vos velareis por él?
Duc. Si señora.
Lida. (*bajo.*) En él cifro mi dicha, mi porvenir, mi vida... á vos le confio.
Duc. Descuidad, señorita.
Lida. Gracias. (*apretándole la mano.*)
Hor. Gracias (*entrando por la derecha.*)
Duc. (*despues de mirar á Lida.*) Estoy á vuestras órdenes, Fernando; vamos á partir juntos.
Duq. Preparad al momento un coche de camino. (*á un criado que sale.*) Voy á disponerlo todo. Necesito darte algunas instrucciones. Espéranos, Lida; Fernando no partirá sin despedirse de ti.
Lida. Hasta luego. (*á Fernando.*)
Fer. Hasta luego.
Duc. (Sigamos sufriendo. Mi deber es sacrificarme por ella.) (*vanse foro derecha.*)

ESCENA VI.

Lida, *á poco un* Lacayo.

Lida. Por fin he vuelto á verle! Qué alegria! Y habermeocultado su venida!.. No decirme hasta hoy!.. Habrán temido por mi salud!.. Vaya, no pensemos mas en esto. Nuestro enlace se vá á llevar á efecto muy pronto; todos los preparativos están hechos; helos aqui... El canastillo... (*yendo hácia la mesa, al mismo tiempo que aparece el criado.*) Qué es eso?
Fran. Señorita, ahi fuera hay una jóven que me ha suplicado os entregue este papel.
Lida. A ver? (*lee.*) «Lida de Mont-Villars en Grenoble, calle de...» Esta es mi letra... y decis que una jóven...
Fran. Si, señorita, una jóven vestida pobremente, y que al parecer debe haber sufrido mucho.
Lida. Ah! ahora recuerdo!... Hacedla entrar al momento... (*vase el criado.*) Otra dicha que el cielo me concede. (*aparece Azuzena conducida por el criado; está vestida pobremente y su cara anuncia el sufrimiento.*)

ESCENA VII.

Lida, Azuzena.

Lida. Azucena! (*yendo á abrazarla.*)
Azu. No me habeis olvidado, Lida?
Lida. Olvidarte! Ven á mis brazos.
Azu. Cuanta bondad! (*acercándose lentamente.*)
Lida. Por fin has venido! (*haciéndola sentar.*)
Azu. Si algun dia eres desgraciada, me digisteis, ven á buscarme, seré una hermana para ti; he sufrido mucho, y vengo...
Lida. Qué pálida estás! Por qué no has venido antes?
Azu. La vista de un desgraciado suele ser importuna..

Temia me hubierais olvidado, y ademas... (*Le aguardaba todavia.*)

Lida. Y pudiste creer que te olvidase, cuando me has salvado la vida! Cuánto te debo todo mi presente, todo mi porvenir? No, Azuzena, nuestro primer encuentro ha quedado impreso en mi corazon.

Azu. (*levantándose.*) Qué feliz me haceis!

Lida. (*tomándola la mano.*) Pero qué tienes? Estás temblando!.. No conservas mi sortija? (*mirándola la mano.*)

Azu. (*retirándola.*) Vuestra sortija... No.

Lida. Y por qué?

Azu. Era la prenda mas querida para mi... y la he dado...

Lida. A tu prometido tal vez?

Azu. Ah! no señora.

Lida. A algun hermano tuyo?

Azu. Soy sola en el mundo.

Lida. Entonces...

Azu. Se trata de una persona á la cual no volveré á ver... de un hombre á quien jamás podré olvidar. He venido á buscaros, porque todas mis esperanzas han muerto. Si quereis ampararme, hacedlo, señora; pero sed generosa... Y no trateis de averiguar la causa de mis penas.

Lida. Guarda tu secreto, Azuzena... eres desgraciada... no quiero saber mas.

Azu. Gracias, Lida, gracias. Dios que lee en el fondo de mi corazon, sabe que si he cometido una falta, no por eso soy culpable. Dios sabe, señora, que no soy indigna de vuestra compasion.

Lida. Lo creo. De hoy mas seré una hermana para ti. Ahora es preciso que te despojes de ese humilde trage, y te pongas uno igual al mio.

Azu. Yo, señora?

Lida. Lo quiero. Te llamas Azuzena, eres sola en el mundo! No quiero que sigas llevando ese nombre; desde hoy tienes una familia.

Azu. Una familia!

Lida. Cuando yo era niña, tuve una hermana, bella como un ángel, que se llamaba Margarita. Tú ocuparás su lugar. Te debo la vida, y quiero que te llames Margarita como ella.

Azu. Dios mio! Es esto un sueño! Una nueva vida se abre para mi! Ah! si pudiera olvidar lo pasado!..

Lida. Aguarda. (*toca una campanilla; á una doncella que sale.*) Prepara una habitacion á esta jóven. Que se la trate con todas las consideraciones que á mí misma.

Azu. Qué decis, señora? No veis que van á pensar?..

Lida. Pensarán que esta es mi voluntad, y nada mas; y aqui mis menores caprichos son mirados como órdenes. Luisa, dad uno de mis trages á mi hermana Margarita, y avisadme en seguida.

Azu. Cómo, quereis?...

Lida. Voy á buscarte al momento; ahora espero á mi futuro, que vá á ausentarse, y quiero despedirme de él.

Azu. Vuestro futuro?..

Lida. Qué, no sabeis?.. Es verdad, no te lo habia dicho. Si, me caso, y tú serás mi primera dama de honor.... Hasta luego, Azuzena... No, no, Margarita.

Azu. Hasta luego, señorita...

Lida. Cómo! (*incomodada.*)

Azu. Es verdad, no me acordaba. Hasta luego, Lida. Qué bondadosa sois! Dios os colme de bendiciones! (*vase con la doncella, puerta primera izquierda.*)

ESCENA VIII.

Lida, *sola; á poco la* Duquesa, Fernando, Duclós *y* Hortensia.

Lida. Cuánto tengo que agradecer al cielo! Hoy me colma de alegría, y me otorga una felicidad que no he merecido jamás.

Duq. Vaya; despedios, y partid.

Lida. Tan pronto!

Duq. A la vuelta firmarás á la par que tu contrato de matrimonio, su nombramiento de coronel.

Lida. No ambiciono títulos.

Hor. En eso os pareceis á mi. Ah! (*suspira mirando á Duclós que la vuelve la espalda.*)

Fer. Adios, mamá; Lida, adios; que á mi vuelta te encuentres restablecida del todo.

Lida. Lo estaré, yo te lo juro. No os olvideis de mi encargo. (*á Duclós.*)

Duc. No tengais cuidado; en tanto que yo esté á su lado, ningun peligro le amenazará.

Lida. (Cuánto le quereis! No es cierto?

Duc. (Con todo mi corazon.)

Hor. Adios, capitan.

Duq. El carruaje espera; Fernando, abraza á tu prima.

Lida. (*bajando los ojos.*) Yo...

Duq. Qué, no vas á ser su muger?

Fer. Mi muger!

Duc. Su muger! (*Lida y Fernando se abrazan.*)

Duq. Partamos. (*se van.*)

ESCENA IX.

Lida, *y* Azuzena *que sale de la izquierda vestida de blanco.*

Azu. (*con timidez.*) Señorita Lida?

Lida. Qué hermosa estas! Cuánto siento que no hayas llegado antes, hubieras visto á mi esposo; pero todavia está ahi el carruaje; mira, ya vá á subir... Despacha... Quiero que me digas si te gusta.

Azu. (*se oye ruido de un carruaje.*) Yo!

Lida. Ah... ya ha partido, pero volverá pronto, y le verás; sin embargo, temo no le parezcas mas bonita que yo.

Azu. Os burlais?

Lida. Es que estás muy hermosa; yo me esmeraré para competir contigo; ahi tengo todos mis adornos, voy á probarmélos y tu me darás tu voto.

Azu. Yo? Criada en una montaña!..

Lida. Las hijas de las montañas, sienten como nosotras el instinto de lo bello; tu me pareces hermosa con ese traje. Ahora quiero ver si tú me dices lo mismo. (*Lida y Azuzena aproximan una silla á la mesa donde estan colocados los adornos.*) Ayúdame; esta es mi corona de boda; voy á colocarla sobre tu frente.

Azu. Sobre mi frente! No, no, os lo ruego.

Lida. Qué tienes?

Azu. Si supierais el mal que me haceis!

Lida. No comprendo! Ah! (*Azuzena hace un movimiento de súplica.*) Tienes razon, he prometido respetar tu silencio; guarda tu secreto y perdóname.

Azu. Qué buena sois! (*la besa la mano.*)

Lida. Volvemos otra vez?

Azu. Me habia olvidado. Qué buena eres!

Lida. Acabemos. En dónde está el ramillete?

Azu. Aqui.

Lida. Y el adorno de perlas?

Azu. Tomad. Ah! un retrato! Cielos! (*dando un grito al ver el retrato.*)

LIDA. Qué tienes?
AZU. Este retrato es...
LIDA. El de mi prometido.
AZU. Fernando!
LIDA. Quién te ha dicho?...
AZU. (Su prometido!)
LIDA. Bonito nombre, no es cierto?
AZU. (*distraida.*) Si.
LIDA. (*enseñándoselo.*) Que te parece el retrato?
AZU. (Dios mio, Dios mio!)
LIDA. Que nobleza, y que apostura! Esta fisonomia no es capaz de engañar á nadie.
AZU. Creeis en sus palabras, en sus juramentos?
LIDA. Como en mi misma.
AZU. Y le quereis mucho?
LIDA. Que si le quiero! No sabes que he estado á punto de morir porque le creia muerto?
AZU. Pero y él, os corresponde? Estais segura de ello?
LIDA. Como que nuestra boda se celebra dentro de ocho dias.
AZU. (A Dios mis esperanzas!)
LIDA. (*poniéndose al espejo.*) Acabemos mi tocado.
AZU. (Sus alhajas de boda!) Voy... (Su muger!) No, no puedo. (*coje el ramillete que se le cae de entre las manos; las lágrimas la ahogan.*)
LIDA. Lloras?
AZU. Perdonadme; pero esa corona nupcial, ese ramillete, esos preparativos... si supierais... me vuelvo loca!
LIDA. Loca! Y por qué?
AZU. Vais á saberlo.
LIDA. Di.
AZU. (Qué iba á hacer, Dios mio! Voy á decirla, á ella, que me ha socorrido en la desgracia! Yo sola debo sufrir!) Adios, hermana mia; no quiero, no debo vivir mas en esta casa.
LIDA. Quieres abandonarme? No merezco que me confies tus penas? Hablas de partir? Y me llamas tu hermana! Margarita, yo te suplico...
AZU. Qué interés puede inspiraros una pobre muger abandonada, á quien solo habeis visto dos veces?
LIDA. Pero la primera me salvaste la vida, y al menos quiero que me digas....
AZU. Pues bien... vais á saberlo; es preciso que parta, porque vuestra felicidad me hace daño. Yo no puedo ser nunca feliz, porque como vos, amé á un hombre y me vi separada de él; porque el hombre á quien amais vá á ser esposo vuestro, y al mio, le he perdido para siempre.
LIDA. Yo te consolaré.
AZU. Vos!
LIDA. Tú me has dicho que no eres culpable?
AZU. Culpable... Nunca he comprendido lo que significa una falta; el culpable es el que me juró volver, y me ha abandonado. Ya veis que es preciso que me aleje, que parta.
LIDA. No, no quiero.
AZU. Adios.

ESCENA X.

Dichas, y MAURICIO *que aparece en el fondo.*

LIDA. No, Mauricio, detenedla.
MAU. Señorita. (*tomándola de la mano y bajándola.*)
AZU. Dejadme, en nombre del cielo; en nombre de vuestra hija, si la teneis.
MAU. (*soltándola la mano.*) De mi hija!
LIDA. (*cogiéndola por el brazo.*) Es mi amiga, mi hermana y quiere abandonarme porque es desgraciada! Abandonarme, cuando la debo!.. Pues no se irá... Detenedla un instante, lo ois?
MAU. Bien, señorita.
LIDA. Voy á buscar á mamá... Veremos si puede mas contigo, cuando sepa lo que has hecho por mi; veremos si te niegas á sus instancias. (*vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XI.

MAURICIO, *y* AZUCENA.

AZU. Lida!
MAU. (Vaya una comision!)
AZU. Es preciso partir. (*vá á salir.*)
MAU. Perdonad, señorita, pero yo soy soldado; me han dado una consigna y no puedo dejaros salir.
AZU. Pero esa órden no es mas que un capricho. Caballero, creedme, sus bondades me asesinan.
MAU. No encuentro motivo; tambien yo he sido recojido por piedad, y no me averguenzo, pardiez. Esta familia es tan buena! Y además, creo que vuestra desgracia debe tener un remedio. Creedme, no os vayais.
AZU. Pero si es por ella... por ella misma...
MAU. Por ella!
AZU. Mi presencia puede serle fatal.
MAU. De veras?
AZU. Ya veis si es conveniente que parta. (*se dirige hácia el fondo.*)
UN CRIADO. Señor Mauricio, esta carta que han traido del señor Didier para vos.
AZU. (*volviendo á bajar.*) Del señor Didier:..
MAU. Dadme pronto... (*vase el criado.*) Esta carta es mi esperanza, mi vida... y no saber leer! Señorita Lida. (*dirigiéndose á la puerta por donde salió.*) Pero no... sabeis leer, no es verdad, señorita?
AZU. Si... un poco...
MAU. Hacedme pues el favor... mirad la firma, es del párroco, no es cierto?..
AZU. Si. (*leyendo sorprendida.*)
MAU. Y qué...
AZU. (*lee.*) «Caballero, la jóven por quien tanto os interesais, ha abandonado el pais.» (Qué significa!)
MAU. Pero vive! Continuad...
AZU. (*lee.*) «Y ayer hemos sabido la causa de su ausencia... seducida por...» (Dios mio, esta soy yo!)
MAU. Leed...
AZU. Si... voy... (*lee.*) Seducida y abandonada...
MAU. Dios mio...
AZU. «No se ha atrevido á permanecer en el pais.»
MAU. (*cogiendo la carta y llorando.*) Desgraciado de mi! (*cae en una silla.*)
AZU. (Todos me condenan, me maldicen!)
MAU. Quién habia de defenderla, contra los ataques de la seduccion? Quién sino tenia madre!
AZU. Teneis razon... pero por qué os escriben esto? Qué interés puede inspiraros esa joven? Por qué llorais?
MAU. Por qué? Porque esa niña perdida, abandonada... es mi hija!!
AZU. (*dando un grito.*) Ah!
MAU. El único lazo que me ligaba á la vida... Ahora, Dios mio, disponed de mi!
AZU. Mi padre! mi padre!
MAU. Llorais tambien? Os causo compasion?
AZU. Yo?.. (*aparecen Lida y la duquesa.*)

ESCENA XII.

Dichos, LIDA *y la* DUQUESA.

LIDA. Miradla, madre mia. Y bien, Azuzena, quieres partir aun?
AZU. (*mirando á Mauricio.*) No, me quedo.
LIDA. En buen hora...

DUQ. Mauricio, qué teneis? Esas lágrimas! Esa carta! Habeis sabido de vuestra hija?
MAU. Si, señora duquesa...
DUQ. Y llorais?
LIDA. Mauricio!
DUQ. Muerta, tal vez!..
MAU. Muerta... (Pluguiera al cielo.) Si, señora duquesa. Ya no tengo hija.
AZU. (Dios mio, tened piedad de mi... Ya no tengo padre!)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon en casa de la duquesa. Galeria en el foro. A la izquierda, en primer término, un reclinatorio. Muebles lujosos de la época; un sofá en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA.

LIDA, HORTENSIA.

LIDA. Qué teneis, Hortensia? Os veo mas alegre que de costumbre.
HOR. Y no me falta motivo; acabamos de recibir noticias de Paris...
LIDA. De Paris? Veremos pronto á Fernando?
HOR. Mañana, tal vez.
LIDA. Mañana?
HOR. Y con él, á mi maestro de literatura amorosa...
LIDA. De quién hablais?
HOR. Toma! De quién ha de ser? Del señor Duclós.
LIDA. (Pobre Hortensia! Está loca!)
HOR. Figuraos que el capitan...
LIDA. Prosigue.
HOR. Es preciso que le obligueis á esplicarse..... (*señalando á Azuzena que sale por el foro.*) Silencio.
LIDA. (*mirando en derredor.*) Ah! Es Azuzena!

ESCENA II.

Dichas, AZUZENA.

AZU. Señorita, la señora duquesa tiene que daros una buena noticia.
LIDA. Gracias, Margarita; voy á saberla, aunque ya adivino lo que será. (*mirando á Hortensia.*) Quiero dejarme sorprender... Pobre abuelita... Margarita, tú participarás de mi alegria..... Por fin vas á conocerle; te he hablado de él tantas veces...
AZU. De él?..
LIDA. Te le presentaré mañana cuando vuelva.
AZU. (Mañana! Dios mio!)
LIDA. Vamos, Hortensia...
HOR. Voy, señorita. (*vanse por el foro.*)

ESCENA III.

AZUZENA.

Mañana estará de vuelta! Y es aqui donde he de verle! En su presencia! En presencia de la que vá á ser y será pronto su esposa!.... Oh! esto es imposible! Imposible? Y por qué? Ella no es jóven, hermosa y opulenta, y yo desgraciada y sin amparo?.. No debia yo haber abandonado esta mansion, á no haberme detenido mi buen padre, á quien por fin he logrado conocer?.. Mi padre! Cada dia que pasa, me dan impulsos de revelárselo todo; pero al verme en su presencia, me quedo muerta de verguenza. Aun resuenan en mis oidos aquellas terribles palabras: «mi hija ha muerto.» pero ya no puedo callar... Ahora que viene Fernando, es preciso confesárselo todo. Si, es preciso que su indulgencia me saque de esta casa, ó que su cólera me confunda; hoy mismo. El es, valor...

ESCENA IV.

AZUZENA *y* MAURICIO, *que entra por el fondo.*

AZU. (Qué mudado está!) Señor Mauricio...
MAU. Estabais ahi, señorita?.... Perdonad, no os habia visto.
AZU. Si, y me alegro de haberos encontrado.
MAU. Os causa alegria ver llorar á vuestros semejantes?..
AZU. No, pero procuro enjugar sus lágrimas.
MAU. Perdonad, no necesito consuelos.
AZU. Cómo, señor Mauricio, huis de mi? Y por qué?..
MAU. ¿Por qué os encuentro siempre á mi paso?
AZU. Vos me lo preguntais? No es igual nuestra situacion en esta casa? No somos dos huéspedes recogidos en ella por piedad?.. No os parece que es la mano de Dios la que nos ha conducido aqui?.. A vos para servirme de padre... A mi, para ocupar el puesto de la hija que habeis perdido?
MAU. Jamás! Ni vos, ni otra alguna.
AZU. Ah! Vos la amais...
MAU. (*llorando.*) Cómo puedo amarla, si nunca la he visto? Si no he escuchado de sus labios el nombre de padre? Yo no la conozco; yo no sé de ella otra cosa, sino que está deshonrada para siempre.
AZU. Mauricio, dejad al menos que os hable de ella. No me oculteis vuestras lágrimas... Calmad tanto enojo. Vos mismo deciais el otro dia, que la infeliz no ha tenido una madre que la aconsejára, ni un padre á su lado para defenderla.
MAU. Es verdad.
AZU. Entonces, por qué no quereis verla?
MAU. Verla!.. Yo... Y quién me dirá el sitio á donde ha ido á ocultar su afrenta?
AZU. Quereis ir en su busca? Yo os acompañaré.
MAU. Vos?..
AZU. Partiremos juntos; y si la veis llena de dolor, de desesperacion... no es cierto que la perdonareis?
MAU. Mi hija! La hija de mi pobre Catalina! Si, llegará un dia en que la perdone.
AZU. Un dia? (*con alegria.*)
MAU. Cuando sepa el nombre del infame que la ha deshonrado; cuando yo obligue á ese miserable á reparar su falta, ó le arranque la vida si se niega á ello...
AZU. (*dando un grito.*) (Ah! Es preciso callar; Fernando, te sacrifico lo único que me resta en el mundo..... el cariño de mi padre.)
MAU. Bajais los ojos!.... Callais!.. Comprendeis que mi dolor no tiene consuelo!.. Pero yo seria un ingrato si no os diera las gracias por el favor que queriais dispensarme... (*cogiéndola la mano.*) Solo os pido que no me la nombreis... Yo quisiera poder olvidarla... Margarita, no me hableis de ella mas. (*vase por el foro.*)

ESCENA V.

AZUZENA *sola; empieza á anochecer.*

Imposible decidirle á que parta!.... Qué he de hacer, Dios mio! Qué partido tomar? (*se arrodilla en el reclinatorio.*) Santa Vírgen Maria, protectora de los afligidos, en ti confio; no abandones á esta desgraciada, y compadécete de su dolor..... Acuérdate, madre mia, de las plegarias que en otro tiempo te dirigia, sonriendo, la pobre Azuzena, sola y en medio de las

montañas! Entonces creia firmemente que serian bien acogidas; hoy que van acompañadas de mis lágrimas, tal vez no sean dignas de llegar hasta ti. (*continúa orando. Noche completa. Fernando y un criado aparecen en el foro.*)

Fer. (*en voz baja.*) (Es ella! Es Lida!) Decid á la duquesa que dentro de un instante pasaré á verla..... Tengo que hablar con mi prima. (*vase el criado, cerrando la puerta.*) Está orando... Quiera el cielo darla valor para escucharme; pero yo no puedo mentir... Harto culpable soy! Seria un infame si dejase abandonada á aquella infeliz...

ESCENA VI.

Azuzena, Fernando.

Fer. (*aproximándose á Azuzena.*) Lida!

Azu. Esta voz!.. (*levantando la cabeza.*)

Fer. Lida mia!

Azu. Ah! (*exhala un grito, y se oculta la cara entre las manos.*)

Fer. Por qué me recibes así? Callas? Te han dicho tal vez... Lo sabes todo... y no quieres mirarme... haces bien.

Azu. (Qué dice!)

Fer. Soy muy culpable, lo repito; pero aun lo seria mucho mas si no implorára tu piedad, no para mí, sino para una pobre jóven á quien estoy seguro que tenderiais tu mano si la conocieras.

Azu. (Cielos!)

Fer. Tambien ella llora en este momento; estoy seguro de ello, y me acusa de haberla olvidado, de haberla hecho traicion. Tú no querrás, Lida, que yo me deshonre, mereciendo estas reconvenciones; tú no puedes quererlo, y salvarás á esa infeliz, aconsejándome que cumpla con mi deber, con lo que el honor me manda.

Azu. (Será cierto?) (*levantándose lentamente.*)

Fer. Lida, de rodillas imploro tu perdon; y así volveré á ver á la que no tiene riquezas, ni amigos, ni una familia que hagan mas llevadero su dolor; á aquella cuya imágen está grabada en mi alma.

Azu. Fernando! Fernando! Me amas todavia?

Fer. Azuzena! Es esto un sueño? Es una ilusion?.. Tú aquí?.. En esta casa?.. Tan cerca de mí?..

Azu. Al fin te vuelvo á ver, te oigo, y olvido todos mis pesares! El mas cruel de todos era juzgarme olvidada por ti.

Fer. Pero dime, cómo te encuentro... (*se oye la voz de Lida.*)

Lida. (*dentro.*) Por aquí, por aquí, Duclós.

Azu. *y* **Fer.** Lida!

Azu. Y yo que olvidaba...

Fer. Escucha, han sabido aquí...

Azu. Nada, nada. (*se vá por la primera puerta derecha. Lida, Duclós, y dos criados con candelabros, entran por el foro.*)

ESCENA VII.

Fernando, Lida, Duclós.

Lida. Por fin te encontramos... Fernando!

Fer. Lida!

Lida. Os parece regular, caballerito, llegar de un viage y no pasar á verme al instante? Necesito para perdonaros, de toda mi indulgencia, de todo mi amor.

Fer. (Su amor!)

Lida. Ahora en castigo, abrazadme. Ahora os falta obtener el perdon de la abuelita; está furiosa. (*Fernando vacila, sus ojos se dirigen á donde está Azuzena.*)

Fer. Pero...

Lida. Nada, nada; ahora mismo vais á reconciliaros con ella; yo me quedo, tengo que decir dos palabras al capitan.

Duc. A mí?

Lida. (*á Fernando.*) Cada minuto que pase, la encontrareis mas inflexible: dadla un abrazo y conducidla á este salon, donde nos reuniremos en familia, para tratar de un asunto del mayor interés... de nuestro casamiento.

Fer. (Y Azuzena que estará oyendo..... Pero cómo?.... Desde cuándo?.. No puedo comprender...)

Lid. Pero no vais?

Fer. Obedezco. (*vase mirando con emocion á la puerta derecha.*)

Lida. (*sonriendo.*) Qué tendrá?

Duc. (Siempre distraido.... preocupado.... aun al lado suyo!)

ESCENA VIII.

Lida, Duclós.

Lida. (Ya estamos solos; desempeñemos la comision de Hortensia... aunque mucho me temo...) Capitan...

Duc. Señorita...

Lida. No sé cómo empezar para deciros... pero al fin... yo me he encargado de ello y... Duclós... voy á hablaros con franqueza... me prometeis responderme lo mismo?

Duc. Os lo prometo.

Lida. Pues bien, es cierto que amais?..

Duc. (Dios mio!) Perdonad, Lida; pero quién os ha dicho?..

Lida. Esa turbacion!.. Será verdad?

Duc. Creed, señorita, que jamás me hubiera atrevido á deciros...

Lida. Pero contestadme, capitan; nunca creí que os turbaseis de ese modo... Vamos, habré acertado?

Duc. Sí, Lida, amo, y amo como no se puede espresar... mas que cuanto se puede concebir; amo hace algunos años, y siempre sin esperanza.

Lida. (Sin esperanza!.... Pues me parece que Hortensia..)

Duc. Este amor es mi vida; mi existencia, la muger que adoro; quiero vivir para velar por ella, para preservarla de todo peligro, para evitarla, si puedo, el menor disgusto, y cuando esté seguro de que es feliz, señorita, huiré de ella para siempre, y nada me quedará mas que morir.

Lida. (Morir! Entonces... no es de ella de quien habla!) Amigo mio, perdonad mi indiscrecion; pero nunca traté de conocer un secreto...

Duc. No os escuseis, Lida; yo solo tengo la culpa, por no saber ocultar lo que pasa dentro de mi corazon, y puesto que todo lo sabeis, ya no tengo el derecho de conservar un recuerdo precioso que quiero devolveros.

Lida. A mí?

Duc. Un dia esa muger acababa de correr un gran peligro; solo por coger unas flores, espuso aquella vida tan preciosa...

Lida. (Qué dice!)

Duc. Ella puso en mi mano aquellas flores, y yo me atreví á guardar una. (*saca una flor de su pecho.*)

Lida. (Dios mio!)

Duc. Vedla aquí; es un recuerdo de muerte y de dolor; pero no tengo el derecho de conservarle. Es cierto, señorita? (*Lida hace un signo negativo, con tristeza.*)

Tomad esa flor marchita, tomadla..... dejarla en mis manos seria decirme: «espera,» y la que yo amo, no lo podrá decir jamás.

LIDA. (*con aire compasivo.*) Teneis razon.

DUC. Si yo pudiese arrancar de mi pecho...

LIDA. Silencio! (*viendo abrirse la puerta del fondo.*)

ESCENA IX.

Dichos, la DUQUESA *y* FERNANDO.

LIDA. Supongo, abuelita, que no le habrás regañado?..

DUQ. No por cierto, hija mia.

FER. (En dónde estará?)

DUC. (*observándole.*) (Esa continua turbacion... ese desasosiego... Qué busca con tanta inquietud?)

DUQ. Hija mia, gracias á nuestro buen Duclós, ha venido tu primo un dia antes de lo que le esperábamos; en poco tiempo ha llenado todas las formalidades necesarias para realizar vuestra boda.

LIDA. Eh! (*conmovida.*)

DUC. Ese era mi deber, señora duquesa...

DUQ. Estoy impaciente por terminar este negocio..... y quiero...

LIDA. (*poniéndola la mano en la boca.*) Un momento, abuelita... Yo quiero antes presentar á Fernando una persona.

FER. A mi?.. (*turbado.*)

LIDA. Aguarda un instante. (*entra en la habitacion de Azuzena.*)

FER. (Es ella! Pero cómo...)

ESCENA X.

Dichos, y AZUZENA.

LIDA. Fernando, te presento á mi mejor amiga... á mi hermana... (*Azuzena, fijos los ojos en Fernando, le saluda. Fernando la corresponde, pero sin mirarla; Duclós observa.*)

FER. Señorita... (*Azuzena vacila; sosteniéndose en una silla.*)

DUC. (No es esta la jóven que os salvó la vida en la montaña?)

LIDA. (La misma.) Qué dices? (*á Azuzena.*) No te parece bien?

AZU. Si, si... (*sin mirar á Fernando.*)

LIDA. (Pero mirale.)

AZU. (Las fuerzas me abandonan!)

FER. (Cuánto sufre, Dios mio!)

DUC. (Qué conmovidos están!) (*sin cesar de mirar á Azuzena y Fernando.*)

DUQ. Ahora bien, hijos mios, dejad que me ocupe de vuestra felicidad; he resuelto que este enlace, deseado por todos con tanta impaciencia, quede verificado mañana....

TODOS. (Mañana!) (*con distinta afeccion.*)

DUQ. En la capilla de la casa. Espero que nadie se atreverá á oponerse á mi voluntad.

LIDA. (*sonriendo.*) No seré yo á lo menos.

DUQ. (*sonriendo y tomando la mano á Fernando.*) Y tú, Fernando?

FER. Madre mia!..

DUQ. Y si yo por desgracia abrigára alguna duda, hé aqui una cosa que basta para desvanecerla. (*mirando la mano de Fernando.*)

FER. No comprendo...

DUQ. Ola! Conque no merezco que me confieis todos vuestros secretos?

LIDA. Nuestros secretos?..

DUQ. Os habeis dado mútuamente, y sin decirmelo, garantías de vuestro amor..... No necesito otra prueba que esta sortija. (*movimiento de todos los personages; Azuzena queda aterrada; Duclós les observa.*)

TODOS. Esa sortija?

DUQ. La conozco bien; esta sortija es de Lida.

LIDA. Mia?

FER. Suya?

AZU. (Qué he hecho yo, Dios mio!)

DUQ. Es el anillo que bendijo el Santo Padre, y que trajiste de regreso de nuestro viage á Italia.

FER. Dios mio, es posible! (*mirando á Azuzena.*)

DUC. (Tened piedad de Lida!) (*Lida toma la mano de Fernando.*)

LIDA. En efecto, esta sortija... es la mia... Yo se la di á Fernando en la aldea de Saint-Didier, al pie de aquella montaña en donde... (*lanzando á Azuzena una mirada de cólera.*) en donde me dijiste, mamá mia, que yo seria su muger. (*Duclós, sonriendo tristemente, hace un movimiento de incredulidad.*)

DUQ. Muy bien, hijos mios; habeis tomado al cielo por testigo de vuestros juramentos. Mañana mismo se verificará vuestra boda.

LIDA. Madre mia...

DUQ. Y mañana mismo participaremos á S. M. la eleccion de la señorita de Mont-Villars.

LIDA. Si, mañana. (Dadme fuerzas, Dios mio, para ocultar lo que sufre mi corazon.) (*procurando dominarse, mira fijamente á Azuzena y Fernando, y entra por la puerta primera de la izquierda.*)

DUQ. Fernando, dame el brazo. (*Fernando se aleja lentamente, y sin apartar los ojos de Azuzena; vasé con la duquesa por el foro.*)

DUC. (Esa sortija... esta jóven... Pobre Lida!)

ESCENA XI.

AZUZENA, *y despues* FERNANDO.

AZU. (*fija la vista en la puerta por donde se fué Lida.* No era bastante aun haber visto á mi padre indignado, solo al pensar en la deshonra de su hija, sino que hasta Lida, me cree una miserable, que ha engañado á su bienhechora, á su amiga... á su hermana!

FER. Azuzena! (*saliendo.*)

AZU. Fernando!

FER. No hay tiempo que perder; cómo es que esa sortija está en poder tuyo?

AZU. Lida me la dió como un recuerdo, la primera vez que la vi.

FER. Acaba.

AZU. Ah! por qué, al tender mi mano para salvarla, no me hizo Dios caer á mi al fondo del precipicio?

FER. Qué dices?

AZU. A lo menos, no tendria que sufrir ahora el dolor de verme despreciada, y no seria un obstáculo para su felicidad.

FER. Azuzena! Tambien ella te debe la vida; podria yo sacrificarte? Nunca; partamos al momento.

AZU. Partir con vos?..

FER. No podemos permanecer aqui. Lida se ha contenido hasta ahora, pero mañana tal vez...

AZU. Teneis razon; no puedo, no quiero esperar; pero vos...

FER. Te seguiré..... No sabes que tu amor ocupa todo mi pensamiento, y que yo soy en el mundo tu único apoyo, tu guia, tu esposo?

AZU. Esa palabra me destroza el corazon. No, vos sois el prometido de Lida.

FER. Azuzena, este enlace no se efectuará, y desde ahora no tengo mas idea que la de huir lejos de es-

tos sitios, que aborrezco. Yo te lo suplico; si me amas, Azucena, marchémonos.

Azu. (Sus palabras me trastornan. Quiere devolverme el honor, y á pesar mio, el recuerdo de Lida.. Quién me dirá lo que debo hacer?.. Ah!.. El cielo os envia para aconsejarme. (*se abre la puerta del fondo y aparece Mauricio; Azuzena dá un grito.*)

Mau. Qué oigo?

Fer. Mauricio!..

ESCENA XII.

Azuzena, Fernando, Mauricio.

Mau. Soy yo quien viene á consultaros, señorita.

Azu. Si, quiero hablaros como á mi juez, como hablaria á mi padre. Yo me fio de vos, y haré vuestra voluntad como si fuera la de Dios.

Mau. Pensad, Margarita, que yo no soy mas que un pobre viejo, sin familia, sin otro auxilio que el que me dan por caridad. Pensad en que mi espíritu está abatido por el dolor, y que por lo tanto no podré comprender el vuestro, ni vuestros deberes.

Azu. Por mas humilde y pobre que os haya hecho el destino, por mas desgraciada que sea vuestra hija, vos sereis para mi el primero de los jueces, y vuestra sentencia será sagrada.

Mau. (*vacilante.*) No, guardad vuestro secreto; nada quiero saber.

Azu. Es que no se trata de mi sola, de mi, que no soy mas..... que una persona estraña; vais á decidir de la suerte de Lida.

Mau. Lida? (*asombrado.*)

Fer. Azucena, os prohibo...

Azu. (*sin oirle.*) En su nombre y el mio me dirijo á vos...

Mau. Hablad. (*Azuzena se arrodilla delante de Mauricio.*)

Fer. Qué...

Mau. Qué haceis?

Azu. Dejad que os hable asi: dejad que me postre en vuestra presencia, para ocultar mejor mi verguenza.

Mau. No os comprendo.

Azu. La muger que teneis á vuestros piés, que no se atreve á levantar sus ojos hasta vos, es una hija deshonrada.

Mau. Deshonrada!.. Señor conde!

Azu. No le culpeis, no es perjuro. Jamás ha pensado en abandonar á la muger que le salvó la vida. Le proponen un enlace ventajoso, y le rehusa; quiere darme su nombre... que huyamos juntos. Decid, debo aceptar? Debo seguirle?

Mau. Habeis apelado á mi honor... á mi conciencia..... mi conciencia y mi honor van á responderos. La muger que os ha abierto los brazos, que os llama hermana suya, es la que vá á desposarse con el hombre que amais. La que os ha dado asilo en su casa, es la madre del hombre que amais. Vuestra huida con él, causaria la muerte de esas dos mugeres. El nombre que os ofrecen, no borrará vuestra falta, porque para lavarla, habreis cometido dos crímenes.

Fer. Mauricio, yo os mando...

Mau. Capitan, ahora no soy soldado; es un anciano el que habla. (*á Azuzena.*) Es preciso partir, Margarita, pero sola.

Azu. Obedeceré: Dios acaba de condenarme por vuestra boca. (*levantándose.*)

Mau. La severidad de las palabras que acabo de dirigiros, me las ha dictado el deber y el honor. Quisiera aliviar vuestra pena, enjugar vuestro llanto, que hace brotar el mio: quisiera poderos decir: «sed dichosa,» pero es imposible, no lo diré jamás!.. Valor, Margarita!..

Azu. Le tendré. (*besa la mano á Mauricio, y se dirige á su cuarto.*)

Fer. En nombre del cielo, escuchadme.

Azu. Dejadme, Fernando... antes de salir de esta casa, voy á escribir á mi padre.

Mau. (Su padre!)

Azu. Partiré sola, y para siempre... Adios, Fernando... (*á Mauricio.*) Adios, pa... Adios, mi buen consejero. Si pensais en mi alguna vez, acordaos de que he obedecido sin murmurar la sentencia que habeis dictado. (*entra en su cuarto.*)

Fer. Pero yo no puedo aceptarla: (*toca una campanilla.*) no consentiré en abandonarte..... Oh! No saldrá de aqui. (*sale un criado.*)

Mau. Qué vais á hacer?

Fer. Decid á la duquesa si puede recibirme: decid que necesito hablarla al instante. (*vase el criado.*)

Mau. Reflexionad...

Fer. Nada escucho, nada quiero oir. Esa jóven ha recurrido á vos contra mi...., yo recurriré contra vos al corazon de la duquesa.

ESCENA XIII.

Dichos, la Duquesa.

Duq. Qué ocurre, Fernando?.. Por qué me pides permiso...

Fer. Madre mia... deseo arrojarme á vuestros pies, porque tengo una gracia que pediros.

Duq. Una gracia! Habla, pues.

Mau. (Pensad en la pena que vais á causarla.)

Duq. Y qué? No te inspiro bastante confianza?

Fer. Sois la mejor, la mas generosa de las madres, y por esta razon tiemblo al hablaros.

Duq. Pero qué asunto tan grave...

Fer. Voy á destruir vuestras ilusiones mas queridas.

Mau. Es un proyecto insensato, que valdria mucho mas no conocierais.

Duq. Supongo que no pensarás en rehusar... Tú amas á Lida...

Fer. Como á una hermana.

Duq. Ese amor es bastante, sino amas á otra muger.

Fer. Y si fuera asi?

Duq. Qué dices?

Mau. Ama á otra, que no puede ser su esposa.

Fer. Mauricio!

Duq. Señor conde... arrancad ese amor de vuestro corazon, y casaos con Lida.

Fer. Jamás, jamás!

Duq. Cuidado!.... No querais renovar la lucha que me hizo emprender vuestro padre: entonces fui vencida por la fuerza de las circunstancias; pero hoy tengo de mi parte la voluntad de Dios, que me ha dejado, aunque sola, débil y anciana, por apoyo de esa pobre huérfana. Hoy que me veo al borde del sepulcro, veremos si vuestra mano se atreve á precipitarme en él.

Fer. Me destrozais el corazon con esas palabras... pero la que amo tiene tambien contraidos derechos sagrados...

Duq. Y qué, os atrevereis!.. Decidme su nombre.

Fer. La conoceis demasiado... Es...

Mau. Esa jóven que habeis recogido por compasion en este castillo: esa pobre huérfana que ha comido el pan de la limosna que la alargaba vuestra mano.

Fer. Es el ángel salvador de vuestra hija: esta sortija que veis en mi mano, no es de Lida, es la prenda del

lazo sagrado que nos une, y que me ha hecho esposo de Azuzena delante de Dios.

Mau. Azucena! Habeis dicho Azuccna?.. Ese estraño nombre....

Fer. Es el que llevaba cuando vivia pobre y abandonada en las montañas de Saint-Didier.

Duq. Qué importa el nombre?

Mau. Dejadle hablar, señora; decís que vivia en la montaña, y se llama Azucena?

Fer. Y á su choza era donde nos conducia el guia cuando me acompañásteis. (*Azuzena sale de su habitacion, y oye las últimas palabras de Mauricio.*)

Mau. (*dando un grito.*) Dios mio! Es ella, y yo la condenaba á eterna verguenza..... Yo pedia su muerte..... Azucena! Ah! aqui está. (*se dirige á ella con los brazos abiertos.*)

ESCENA XIV.

Dichos, y **Azuzena.**

Azu. Ah! No me rechazais?.... Vuestros ojos me miran con ternura!.. Padre mio! Padre de mi alma!

Fer. *y la* **Duq.** Su padre!

Mau. (*cayendo en el sofá, y Azuzena á sus piés.*) Si señora, es mi hija. Ven á mi corazon, pobre niña; deja que espie con mis lágrimas toda la crueldad que he tenido para contigo. Ya no estás sola en el mundo, ya tienes un apoyo, un defensor, un padre.

Fer. (*tendiendo la mano á Azuzena.*) Señora duquesa, me será permitido á mi decirla... Azuccna, ya tienes un esposo?..

Duq. Vos, conde de Hermilli!.. Vos su esposo! Jamás! (*cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Un jardin elegante. En el proscenio, á la izquierda, una mesa, escribanía, etc.

ESCENA PRIMERA.

Duquesa, Lida, *y tres lacayos.*

Duq. Está preparado todo?

Criado 1.° Todo, señora duquesa.

Duq. Dentro de una hora, vendrá nuestro venerable pastor, hacedle entrar al instante; vos, Gerónimo, cumplid exactamente las órdenes que os he dado. Si por un contratiempo inesperado, el casamiento del señor conde de Hermilli y de la señorita condesa de Mont-Villars no pudiera realizarse, preparad caballos de posta. Marchad. (*vanse dos lacayos.*)

Lida. Madre mia!..

Duq. Espera, Lida; dónde está el señor conde? (*al tercer lacayo.*)

Lacayo. Hace una hora que salió.

Duq. Id en su busca, y decidle que quiero hablarle. (*vase el criado.*)

ESCENA II.

Duquesa *y* **Lida.**

Lida. Pero esas órdenes...

Duq. No debe celebrarse tu casamiento esta misma mañana?

Lida. Pero es que Fernando no consentirá, lo sé todo...

Duq. Tal vez; pero aun me queda una esperanza, y por eso he mandado hacer todos los preparativos.

Lida. Pero mi deber es rehusar....

Duq. Tu deber, es obedecerme: me acuerdo aun, hija mia, del encargo sagrado que me hizo tu madre en su lecho de muerte, y su voluntad será cumplida.

Lida. Pero ya sabeis que Fernando ama á otra.

Duq. Oye. (*haciéndola sentar á su lado.*) Hubiera querido respetar la sencillez de tu alma, y no desvanecer las ilusiones de tu juventud: pero los acontecimientos han podido mas que mi prevision. Nosotras, las mugeres, debemos respetar el nombre que llevamos, y dar á los que nos le han transmitido cuenta de nuestra vida toda entera: los hombres solo tienen obligacion de dárnosla de su porvenir. Ellos dan al olvido con facilidad esos amorcillos pasageros de la juventud, y nosotras, por nuestra parte, debemos olvidarlos tambien.

Lida. Pero si él la ama..... causaré la desgracia de los dos... Si Azuzena, á quien debo tanto...

Duq. No ha hecho por ti otra cosa que lo que nosotros hemos hecho por su padre: lo que has hecho tu por ella, cuando se presentó en esta casa, estenuada de hambre y de miseria... Pero te dijo el precio que imponia á tu reconocimiento? Ella queria arrancarte esa misma vida que antes te habia salvado.

Lida. Madre mia!

Duq. Si se ha introducido en este castillo, en el cual la han dado el lugar y hasta el nombre de tu pobre hermana, ha sido porque esperaba encontrar aqui al hombre que amaba, á tu prometido, al hombre que ocupó primero un lugar en tu corazon, y al cual amas tanto; que temo no pierdas la vida de desesperacion, al ver que le has perdido para siempre.

Lida. Paro si los celos han borrado de mi alma el amor que le profesaba! Y tú no querías que me una á un hombre á quien aborrezco! Si, madre mia, si; no le quiero... no puedo quererle. (*conteniendo apenas las lágrimas.*)

Duq. Pobre niña! Yo respondo ante Dios de Fernando y de tí... y te defenderé hasta contra ti misma.

Lida. Y habeis pensado en la verguenza que seria para nosotros, sufrir una repulsa de su parte?

Duq. No creo que Fernando sea capaz de causarnos una afrenta semejante. Aun me queda un recurso. Volverá, no lo dudes, volverá mas enamorado que nunca. Estoy segura de ello, y al menos, tendré el consuelo antes de morir, de haberos hecho felices.

ESCENA III.

Dichas y **Duclos**, *saliendo de un pabellon que hay á la izquierda.*

Duq. Y bien, Duclós, habeis visto á Mauricio y á su hija?

Duc. Si señora.

Duq. Os habrán dicho mil injurias?

Duc. No señora. Apenas empezamos á hablar, el pobre viejo tomó á su hija de la mano; «hace poco, me dijo, andábamos solos, errantes y sin asilo; hoy volveremos á nuestro primer estado.»

Lida. Es que yo no quiero verlos padecer.

Duq. Y le habeis entregado... (*á Duclós.*)

Duc. Vuestra cartera? No señora. (*sacándola.*)

Duq. Y por qué?

Duc. Al ver la noble resignacion de aquel hombre, pensé en el amargo dolor que le causaria recibir un socorro pecuniario de vuestra mano ó de la de Fernando.

Duq. Pero...

Duc. Deslicé en su mochila una cantidad bastante para

asegurarle su subsistencia. De mí, que soy un soldado como él, lo recibirá sin avergonzarse.

Duq. Entonces, esta cartera no me pertenece, y os la devuelvo.

Duc. No, señora.

Duq. Los billetes que encerraba, y que han sido reemplazados por los vuestros, no comprendeis que ahora no me pertenecen? (*le obliga á tomar la cartera.*)

Duc. Sé que sois muy caritativa, y que tendreis un placer en distribuirlos generosamente entre los pobres de la aldea, que os llaman su madre. (*coloca su cartera sobre la mesa de la derecha.*)

Lida. Qué bueno sois, Duclós!

Duc. Por veros feliz, Lida, daria, no un poco de oro, sino toda mi vida. Ved aqui á vuestro esposo. (*separándose de Lida que le ha tomado la mano.*)

ESCENA IV.

Dichos, Fernando.

Fer. Me habeis hecho llamar, madre mia?

Duq. Os he suplicado, señor conde, que me concedieseis una entrevista; será la última.

Fer. La última?

Duq. Si, señor conde. Quereis decirnos cuál es vuestra última resolucion?

Fer. Lo que he resuelto, madre mia, es ser siempre para vos, el mas tierno y respetuoso de los hijos; lo que deseo es que vos, Lida, me ameis como á un hermano.

Lida. (*á la duquesa.*) (Como un hermano! Lo oyes?)

Fer. Esta es mi voluntad, y lo que el honor me aconseja.

Duq. No me digais el honor, sino esa pasion insensata; marchad, obedeced á ese capricho funesto; abandonadnos... perdonad, estais en vuestra casa, y aqui solo vos sois el dueño, señor conde.

Fer. Qué decis?

Duq. Que es fuerza que al fin conozcais el contenido de estos papeles. (*señalando á los que están colocados en una mesa.*)

Fer. Esos papeles...

Duq. Todos los bienes que hasta el dia habiamos compartido con vos, os pertenecen enteros. Son el dote que Bonaparte ofreció á vuestra madre, el dia en que se casó con uno de sus generales, y yo esperaba que ahora fueran el dote de Lida. No habeis querido... y esos títulos, ya no me pertenecen. (*le dá los papeles.*) Id á ofrecer á otra vuestra fortuna y vuestro nombre; que venga sin temor á tomar posesion de este castillo, que nosotras abandonamos. Ella estará tranquila, y vos no tendreis que sufrir mis lágrimas ni mis reconvenciones.

Fer. He comprendido bien! Pensais dejarme, madre mia?

Duq. No trataremos de oponernos á vuestra resolucion; pero no pretendais que Lida se vea precisada á aceptar nada de vuestra muger.

Fer. Disponed de todos mis bienes; para qué los necesito? Yo soy un soldado, de nada me sirven las riquezas; en tanto que vos, agobiada por el peso de los años... y tú, Lida, tan jóven, tan delicada, á dónde ireis? Qué será de vosotras?

Lida. Madre mia...

Duq. Cuando estaba en el destierro, no me avergonzaba de trabajar; y si mis fuerzas me impiden hacerlo hoy, viviré con el trabajo de mi hija. Oh! no temais, esta carga tan pesada no durará mucho tiempo.

ESCENA V.

Dichos, Lacayo segundo.

Lac. El coche está dispuesto.

Duc. Dios mio!... Os vais? (*sube á hablar con el lacayo el cual desaparece en seguida.*)

Fer. Madre mia, esta partida será para mi el colmo de la verguenza, de la desesperacion; será una maldicion del cielo. Lida, en nombre del cariño de nuestra infancia, en nombre del puro afecto que nos profesamos, no me abandoneis!

Lida. Fernando!

Duc. Pero habeis olvidado que padece por vos!

Fer. Ah!

Duc. Dónde encontrareis mas juventud, mas belleza, mas amor?

Lida. (*llorando*) Basta, Duclós, basta! Y vos hablais asi?..

Duq. (*á Duclós.*) Cuando yo no exista, capitan, sed vos su apoyo, su protector.

Duc. Yo!

Duq. Si. Hasta el dia en que alguno se digne ofrecer su mano á la señorita de Mont-Villars. Vamos, hija mia; hoy comienza para nosotros un nuevo destierro. Espero que Dios no me tenga en él mucho tiempo.

Fer. No, no; habeis destrozado mi corazon, habeis trastornado mi entendimiento; yo haré lo que querais, pero no partireis. (*de rodillas.*) Yo os obedeceré, madre mia; yo os obedeceré.

Duq. (*levantándole.*) Fernando! Al fin he vuelto á encontrar á mi hijo!

Lida. Y á mi, quién me devolverá su amor? (*ap. á Duclós.*)

Duc. No perdais la esperanza. (*á Lida.*)

Duq. (*yendo hácia la mesa.*) He aqui el Real despacho en blanco; llénale, informando á S. M. de tu eleccion.

Lida. Pero esta carta para el rey...

Duq. Es vuestro contrato de boda... Consientes, Fernando?..

Fer. En buen hora.

Lida. Pero yo...

Duq. Escribe.

Lida. (*sentándose.*) (Inspiradme, Dios mio.) Dictad.

Duq. «Señor: el reconocimiento que me inspiran vuestras bondades, durará mientras viva. Vuestras órdenes son sagradas para mi, y me contemplo muy dichosa en estampar al pie del despacho de coronel que acompañaba á vuestro real autógrafo, el nombre de mi esposo el conde Fernando de Hermilli, mi primo, al cual me atrevo á recomendar á la alta consideracion de V. M.»

Lida. De V. M.

Duq. Firma, Maria Lida de Mont-Villars.

Lida. Ya he firmado; leed.

Duq. Llena el despacho. (*Lida obedece; aparecen en el fondo Mauricio con su traje del primer acto, un criado les acompaña. Lida entrega la carta á la duquesa, que la coloca bajo un sobre.*)

Duc. Mauricio!

Fer. Azuzena!

Duq. (Todavia aqui!) Que lleven esta carta al momento. (*al criado, este se va.*)

ESCENA VI.

Todos, menos el criado.

Duq. (*á Mauricio.*) Hablad, Mauricio; ahora ya puedo escucharos.

AZU. (Acordaos de vuestra promesa.)
MAU. (No la olvidaré.) Podeis estar tranquila, señora duquesa. No importunaré á nadie con ruegos ni reconvenciones. Conozco la distancia que nos separa, y nunca he pensado que la desgracia de una pobre hija fuera capaz de salvar en un instante esa distancia tan grande del rango y de la fortuna.
DUQ. Ese lenguage...
MAU. No debe sorprenderos. Ayer condené á mi hija sin conocerla; mi sentencia fué justa, y ahora la sufrimos los dos; eso es todo.
DUQ. Pero qué causa?..
MAU. La causa es que al arrojar de vuestra casa á mi hija, no teneis el derecho de hacerla avergonzar con una limosna.
DUQ. Perdonad, yo no he sido...
MAU. Conozco el medio que habeis empleado para ocultar esa buena accion; pero de cualquiera mano que venga, nosotros la rehusamos. (*devuelve el bolsillo á Duclós.*)
AZU. Bien conoceis, señor conde, que es una eosa cruel ofrecerme á mi dinero. Decid á vuestra madre, que no soy culpable de la desgracia que he traido á esta casa; y ya que os veo por última vez...
FER. Azuzena?..
AZU. Decidla que cuando me conocisteis, era yo una pobre hija de la montaña; sola en el mundo, sin amparo, y que no me desvaneció ni vuestro rango, ni vuestras riquezas... Es cierto, Fernando?
FER. Si, yo solo soy el culpable.
AZU. Habeis supuesto en mi un frio cálculo, señora duquesa, y os habeis equivocado; porque cuando partí con él mi techo para salvarle la vida, cuando partí con él mi pan, entonces era yo en mi estado, rica, y él á mi lado muy pobre.
LIDA. Madre mia!..
AZU. En la desgracia que sufro, solo veo la voluntad de Dios, y me someto á ella; pero no quiero ir abrumada con vuestro desprecio. Lida, nunca pensé robaros el corazon del hombre que amabais; nunca la que vos habeis llamado hermana vuestra, creia encontrar aqui, en vuestro prometido, al hombre que la abandonó. Cuando descubrí ese terrible secreto, encontré á vuestro lado á mi padre, el cual maldijo á su hija deshonrada. Le encontré acabado por el sufrimiento y la desesperacion, queriais que le abandonase?
LIDA. No, no! (*se abrazan ambas.*)
AZU. Vos, al menos, no me habeis maldecido!
MAU. Adios, señora duquesa; vamos, hija mia!
AZU. Señor conde, olvidad hasta el recuerdo de la pobre pastora, y haced dichosa á mi hermana. Adios, Lida, Fernando... Adios todo lo que mas he amado en este mundo! (*se dirigen á la puerta.*)
LIDA. Deteneos! Conde de Hermilli, llamad á vuestra esposa.
TODOS. Su esposa!..
FER. Lida!..
DUQ. Qué significa?
LIDA. Significa, madre mia, que yo tambien llevo el apellido de Mont-Villars; y que yo, que no acepto limosnas de la fortuna, menos aceptaré la limosna de un corazon que no me pertenece.
DUQ. Pero, y la carta del rey?
LIDA. Perdonad; si hubieseis querido escucharme, si la hubierais leido, habriais visto el uso que hago del derecho que me ha concedido S. M. para elegir esposo.
DUQ. Pero no es el nombre de Fernando?..
LIDA. Leed ese despacho.
DUQ. (*leyendo.*) «Nombramos coronel al capitan Jorge Duclós.»
TODOS. Duclós!..
FER. Es posible?
DUC. Yo esposo vuestro!
DUQ. Pero esa carta... (*vá á tirar de la campanilla.*)
LIDA. Esa carta marcha para su destino, y la escribiria cien veces si fuera necesario.
DUQ. Todo se ha perdido! (*cayendo en una silla.*)
DUC. Lida! Es esto un sueño? Qué he hecho yo para merecer una dicha semejante? (*arrojándose á sus pies.*)
LIDA. Y ahora, madre mia, podrás olvidar que fué la que me salvó la vida?
MAU. Señora duquesa; comprendo el disgusto que os causará dar la mano de vuestro hijo, á la hija de un pobre soldado. Pero si dais vuestro consentimiento, os prometo abandonar la Francia para siempre. Me bastará saber que son felices... y... nada mas.
DUQ. Mauricio!
MAU. Qué decis?
DUQ. Teneis un corazon noble y honrado. Quedaos; de hoy mas tendré dos hijas en lugar de una. (*arrojándose todos á sus pies.*)
AZU. Madre mia! (*cuadro.*)

FIN.

MADRID, 1856:

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.